

# **LA SOMBRA DEL TRICORNIO**

**FRANCISCO GUTIÉRREZ MÜLLER**

## EL DEBUT

Redoblaban los tambores, los espectadores contenían la respiración y todas las miradas se fijaban en el cañón plateado del fondo de la carpa. Se escuchaba un estruendoso disparo, y de una explosión de confeti surgía catapultado el mejor hombre bala del mundo; un verdadero proyectil humano que planeaba sobre la pista con los brazos abiertos en cruz a modo de Cristo volador, contorsionando el cuerpo por el aire en acrobáticas piruetas, para, finalmente, aterrizar en la red sin el mínimo rebote. El celeberrimo volatinero no era otro que Fulgencio Cabrales, oriundo de Jerez de la Frontera, que se había paseado por las pistas europeas más prestigiosas de entreguerras con un éxito abrumador. Allí donde iba, el jerezano levantaba una gran expectación y se agotaban las entradas. Nunca defraudaba a sus admiradores. Indefectiblemente, levantaba al público de sus asientos y arrancaba sonoras ovaciones. Era la estrella de la compañía, su nombre ponía título al espectáculo y en el cartel anunciador se exhibía la foto de su vuelo. No es de extrañar, pues, que su número cerrase la sesión. ¡Pasen y vean: payasos y fieras, trapecistas y saltimbanquis, y el Vuelo del Ángel como brillante colofón! Así era: tras clavar la caída en un descenso de difícil maniobra, Fulgencio Cabrales se descolgaba de la red con elegancia, se plantaba en medio de la pista, saludaba a la multitud con leves inclinaciones hacia delante y desaparecía tras el telón. La gran caravana circense recorría el mundo regalando alegría e ilusión. La compañía triunfaba y alcanzaba fama y renombre. Sin lugar a dudas, era una época de bonanza. Lástima que una pequeña adversidad cambiara ligeramente el curso favorable de las cosas: de tanta detonación el hombre bala iba perdiendo oído, y los indicios de sordera empezaban a ser preocupantes. El director, muy a su pesar, se vio forzado a aceptar un cambio de número y Fulgencio Cabrales pasó al trapecio. El jerezano no decepcionó. Pero pronto descubrió que lo suyo no era el vaivén oscilante, sino el estricto equilibrio. Resultó ser un prodigio en el dominio de los contrapesos. Una tarde de ensayo general se montó en una biciletilla y a la primera recorrió, vacilante, el fino hilo metálico entre poste y poste. Poco después entró en el mundo del malabarismo y aprendió trucos efectistas. Acabó combinando el funambulismo con el manejo de los aros de colores, convertido en un verdadero maestro de la cuerda floja... Suspendido a cincuenta pies de altura, rozando el límite de la más precaria estabilidad, avanzaba con paso lento pero firme mientras lanzaba y recogía cinco pelotas de espuma. De repente, se detenía en el aire y su cuerpo era sacudido por un imperceptible balanceo. En ese momento el corazón del circo latía acongojado y sólo los aplausos del público podían sostener a Fulgencio Cabrales. Un día recibió una carta compulsada del Ministerio de la Guerra. Se le reclamaba para el servicio militar obligatorio. Se despidió, emocionado, de la singular comparsa. Abrazó a los payasos y a los titiriteros, al gigante y a los enanos. Besó a las bailarinas y a las contorsionistas. Deseó suerte a los domadores, a los trapecistas y al lanza-puñales. Y al estrechar la mano del director, le prometió que volvería. El director, apenado, le contestó que el espectáculo debía continuar.

La mili se le hizo eterna. Las maniobras militares le parecían absurdas y denigrantes. Acostumbrado a las acrobacias en lo más alto, reptar entre arbustos le deprimía el ánimo. Había nacido para lucir trajes de gala de los que escapaban rayos de diamantina y no para embadurnar un uniforme en los barrizales... Era muy duro. Y no conseguía hacerse a la idea de que ahora ya no vivía para hacer prender la alegría en los niños, sino para acatar órdenes de los superiores. Una mañana, a la hora de formar filas, apareció un comandante cargado de galones que elaboró un discurso violento y apocalíptico. Declamó contra los traidores y los comunistas. Apeló a la patria y al orgullo español. Y acabó comentando algo sobre una cruzada contra los rojos, un lejano frente ruso y una nueva División Azul... Fulgencio Cabrales, transportado por el ímpetu del orador, dejó volar su imaginación y no pudo evitar fantasear con exóticos viajes e insólitas aventuras. Acto seguido, pensó en las funestas perspectivas de nueve meses de acuartelamiento. El contraste le pareció desolador; y así fue como, cuando llegó el momento, el hombre bala dio un paso al frente. Vestido con pantalón caqui y camisa azul, y coronado con una graciosa boina roja, Fulgencio Cabrales partió hacia Alemania en un tren repleto de jóvenes ilusionados. Era el 14 de julio de 1941, un radiante día de verano. En el vagón de cola, bromeaba con otros reclutas y se jugaba los cuartos a la brisca. Poco intuía entonces que la suerte ya estaba echada. En el centro de instrucción Grafenwöhr, en Bavaria, pasó un mes ejercitándose en un curso militar intensivo, en el que dio muestras, al igual que sus compañeros de brigada, de una incapacidad absoluta para adaptarse a la rígida disciplina prusiana. Los superiores alemanes se desgañitaban furibundos, dando órdenes en un lenguaje incomprensible y discorde. Los reclutas españoles los miraban perplejos y asentían boquiabiertos. El 20 de agosto la División Azul emprendió su expedición hacia el frente ruso. Un paso tras otro recorrieron los 1000 kilómetros que separan Suwalki —Polonia— de Vitebsk —Rusia—, en tiempo récord. Fue una marcha extenuante. Una verdadera odisea, de la cual lo más insoportable para los españoles no fue la presurosa caminata, sino el comprobar cómo los soldados alemanes realizaban el trayecto montados en camiones. Con todo, a Fulgencio Cabrales, la discriminación a la hora de movilizar las tropas poco le preocupaba, mucho más agravante le parecía el hecho de que les hubieran forzado a cambiar la indumentaria colorista de la brigada por el uniforme gris del ejército nazi. Desprovisto de su boina roja, que le habían trocado por el engorroso casco alemán, el hombre bala combatió en el frente del norte. Y lo hizo de forma noble y valerosa. Tomó heroicamente las aldeas de Otenski y Posad. Defendió el territorio ocupado ante los feroces ataques de la artillería soviética a 40 grados bajo cero. Y en Poselok fue el único que sobrevivió cuando su compañía fue víctima de una encerrona que acabó, en un punto, con la vida de todos sus camaradas. Una emboscada funesta, de la que sólo él fue capaz de escapar gracias a sus inauditas prestaciones físicas. Así fue: cuando las ráfagas de ametralladora barrieron el monte bajo, se encaramó a un abeto, ascendió por el tronco con una progresión felina y no paró de trepar hasta alcanzar la última rama. A veinte metros de altura, abrazado al ápice de la conífera, el ex equilibrista se bamboleaba mientras observaba, a vista de pájaro, cómo el fuego cruzado de los rusos acribillaba a sus compañeros. Aquel invierno vagó como ánima en pena por la estepa nevada en busca de

compatriotas. No encontró ninguno. Pero dio con un regimiento alemán. Y aunque no pudo informar a los superiores de las novedades de su compañía, porque nadie entendía

castellano, por lo menos se unió a la milicia y ya no volvió a caminar en solitario. Su singularidad ayudó a que se diera a conocer de inmediato. Se incorporó a un batallón de Hamburgo compuesto por germanos altos y fuertes, rubios e imberbes; de forma que aquel hispano bajito, moreno y velludo resaltó desde el primer día. Pero Fulgencio Cabrales se desenvolvía bien entre los apuestos teutones y no dejaba que las diferencias raciales apagasen el fuego de su vivaracha naturaleza. De este modo, siempre jovial y bullicioso, se relacionaba con todo el mundo, y su ánimo resuelto no menguaba ni ante el frío de la tundra rusa ni ante la apatía de la tropa alemana. Aprovechaba las tediosas marchas para aprender vocabulario elemental en lengua germana, además de algún que otro enrevesado trabalengua que los hamburgueses le hacían repetir una y otra vez. Su deficiente pronunciación provocaba ataques de risa entre la soldadesca y Fulgencio Cabrales enrojecía. Era entonces, cuando reducido entre aquellos jóvenes robustos, el pequeño hombre bala componía una estampa entrañable. Pero no nos equivoquemos, al jerezano no le importunaba verse convertido en el blanco de la broma y el escarnio, pues él, en el fondo, tan sólo suspiraba por sentirse útil de algún modo y, sobre todo, por recibir un poco de calor humano. Por eso mismo, para ganarse el compañerismo de la tropa, poco a poco fue mostrando todas sus habilidades. En el descanso de las paradas, se subía a los árboles y hacía equilibrismo sobre ramas quebradizas. A veces, llegaba incluso a arrojarse desde altos riscos. Pero únicamente si la capa de nieve era blanda y tenía un grosor superior al metro veinte. Si se cumplían estos requisitos, el hombre bala se dejaba caer desde una gran altura, trazando un descenso de cabriolas inconcebibles para acabar la acrobacia con una caída perfecta... Clavado en la nieve hasta la cintura, saludaba con reverencias a los teutones, que aplaudían entusiasmados. Pero piruetas al margen, el conflicto bélico continuaba, y aquella primavera el regimiento alemán llegó al río Neva para reforzar el frente de Leningrado. En medio de un paisaje desolado, donde el deshielo de la nieve había llenado el campo de lodazales, se hallaban por doquier trincheras rebosantes de soldados, dispuestos a bailar con la muerte en la próxima ofensiva. Fulgencio Cabrales contempló aquella ciénaga hormigueante. El panorama era descorazonador. La muchedumbre deambulaba entre los últimos corros de nieve y aquello le inspiró dos pensamientos visionarios: Uno: Cuando la contienda finalizase y las huestes se retirasen, llegaría la primavera. Los barrizales se convertirían en fértiles praderas y manadas de ciervos pastarían a sus anchas. Dos: Cuando la nieve se derrite, ¿adónde va el blanco? Fue justo entonces cuando alguien le palmeó el hombro. Al girarse, identificó a un hombre bajito, de ojos negros, barba tupida y sonrisa franca. No había margen para el error: era otro superviviente de la División Azul. Julián Hernández, natural de Albalat de la Ribera, provincia de Valencia, le informó de que, de momento, el objetivo prioritario era volar por los aires el puente del río Neva, a través del cual los rusos abastecían con armamento y víveres a su línea de resistencia. Una vez destruido el puente, las trincheras soviéticas quedarían aisladas y su rendición

sería una simple cuestión de tiempo. Era por este motivo —añadió el valenciano mientras señalaba un punto en la distancia— por lo que la infantería alemana se disponía a armar los cañones. Fulgencio Cabrales siguió con la mirada el índice de Julián Hernández y comprobó cómo, efectivamente, media docena de cañones gigantes eran colocados en la retaguardia. Pero no era una tarea fácil —arrancó de nuevo el valenciano—. Primero era necesario

ganar terreno a los rusos en el campo de batalla. Había que retrasar su línea de atrincheramiento. De lo contrario, a los cañones alemanes les iba a resultar imposible alcanzar su blanco, es decir, el puente. Y justamente por eso —prosiguió— esa misma noche, que habían llegado los refuerzos, se lanzaría la primera ofensiva: un ataque suicida en el que la División Azul formaría, como de costumbre, la primera línea de fuego. Pues ya se sabía —concluyó— que en esta guerra los españoles eran carne de cañón. El hombre bala se estremeció al escuchar aquello de la carne de cañón. Apartó la vista de su interlocutor y oteó de nuevo los cañones. El montaje era todo un espectáculo. Cientos de soldados pululaban entre armatostes gigantescos, los técnicos dirigían las operaciones desde andamios y se utilizaban grúas giratorias para acoplar las piezas. En aquel momento se levantaba un tubo de unas dimensiones desproporcionadas. Fulgencio Cabrales preguntó si también pensaban instalar un acueducto. El valenciano sonrió y le contestó que aquel cilindro no era el tramo de un conducto, sino una pieza de Gustav, el cañón más grande de la historia. Medía 42,97 metros de largo. Tenía una altura de 11,6 metros y un calibre de 82 centímetros. El convoy en el que lo habían transportado se componía en total de cuatro vagones-plataforma y estaba movido por dos locomotoras. Lo acompañaban tres trenes, con casi mil especialistas. El alcance de Gustav era de 35 a 45 kilómetros. Fulgencio Cabrales sintió un escalofrío al pensar en la parábola del proyectil. Y dijo que no entendía por qué era necesario retrasar la línea de defensa rusa, contando con aquellos cañones de largo alcance. Julián Hernández le aclaró que el problema no era la distancia, sino la precisión. Para apuntar el arma se requería estudiar, entre otras cosas comunes en la artillería, la velocidad del viento, la dirección de las corrientes y la temperatura de las mismas. Además, sólo podían efectuar pocos disparos. Los proyectiles pesaban más de una tonelada y no habían podido transportar más de un centenar. Las grúas acoplaron el cañón sobre el afuste. Gustav quedó erecto en el horizonte, grandioso, soberbio, amenazante. El hombre bala se quedó fascinado contemplando al titán. Aquella tarde Fulgencio Cabrales fue a comunicar al comandante teutón que volvía a incorporarse a la División Azul, con el fin de tomar parte en la ofensiva nocturna. Para su sorpresa, el superior reaccionó airado y le prohibió abandonar el regimiento alemán bajo pena de arresto por desertión. Según el comandante, la ayuda que el jerezano podía prestar al ejército nazi en el campo de batalla no tenía ninguna utilidad. En la confrontación directa, no era más que un recluta inexperto; en cambio, en las largas marchas militares le garantizaba la diversión y el entretenimiento de todo el regimiento. El hombre bala se había consolidado como símbolo. Si lo perdían en el combate, doce batallones se vendrían abajo anímicamente. Fulgencio Cabrales, contrariado, se dirigió a la trinchera donde la división española ultimaba los preparativos del asalto, para desear suerte a sus

compatriotas. Estrechó la mano de cada uno de los soldados, les dio palabras de aliento y les transmitió mensajes de ánimo. Especialmente emotivo fue el encuentro con Julián Hernández. Tras el abrazo y el agradecimiento por el gesto de solidaridad, Julián Hernández sacó un paquete de su macuto y se lo confió. Le dijo que no podía permitir que aquello cayese en manos del enemigo. — ¿Qué es? —preguntó Fulgencio Cabrales. — Es un talismán. Ligerero, esbelto e impermeable... Nunca lo pierdas. ¿Lo prometes? — Lo prometo. Seis horas después del ataque, cuando ya era un hecho evidente que ningún soldado de la División Azul había sobrevivido, Fulgencio Cabrales rasgó la envoltura del paquete: era un tricornio. Retrasar la posición de los rusos resultó una operación muy costosa. Se lanzaron ofensivas a diario durante tres meses. Murieron 24.000 hombres. A finales de Junio, los cañones de precisión alemanes Thor y Karl por fin consiguieron emplazamientos óptimos para alcanzar el puente. Pero para entonces la misión se había complicado. El blanco no era fácil y la mayoría de los proyectiles se habían empleado en el bombardeo múltiple para retrasar el atrincheramiento soviético. Los últimos tres disparos fueron ejecutados por un tal Hans von Blöderfeld, y de ellos tan sólo uno rozó ligeramente un contrafuerte, abriendo una grieta insignificante. Sin munición para los cañones, a los alemanes sólo les quedaban dos opciones: colmarse de paciencia y fe para esperar unos refuerzos improbables, o enfrentarse en un nuevo ataque cuerpo a cuerpo en la guerra de trincheras. La primera opción era poco aconsejable por la escasez de víveres; la segunda significaba inmolar de forma gratuita a miles de soldados. La desolación se adueñó del ejército alemán, pese a los insólitos números de acrobacias que improvisó Fulgencio Cabrales. Se vivió un momento crítico, en que ningún superior se atrevió a tomar una decisión, aunque las órdenes que llegaban desde Berlín no ofrecían dudas: atacar hasta morir. Fue la noche del 22 de Junio de 1942 cuando la heroicidad marcó un hito en la historia. Fulgencio Cabrales se presentó en la tienda del comandante de su batallón y le explicó, en un alemán chapurreado, las excentricidades de su pasado. El superior no acababa de entender; pero el jerezano insistía, braceando y afanándose por aclarar lo incomprensible. El comandante se encogió de hombros y arqueó las cejas. Fulgencio Cabrales, con un gesto de su mano, le instó a que le siguiese. De mala gana, el comandante alemán, acompañado de su numeroso séquito, siguió al recluta español a través del campamento militar. Fulgencio Cabrales encabezaba la comitiva haciendo nerviosos aspavientos y farfullando palabras inconexas. Los militares iban a su estela, susurrando entre ellos que éste no era el mejor momento para las acrobacias del saltimbanqui hispano. El hombre bala los encaminó hacia la zona de los cañones y no se detuvo hasta llegar a los pies de Gustav. Bajo el monstruoso cañón, quedaron reunidos los altos mandos del ejército alemán. Los nazis, expectantes, rodearon al jerezano y el comandante reclamó una explicación. Fulgencio Cabrales no se hizo de rogar. Con un salto felino se encaramó al afuste, trepó por el tubo con una habilidad asombrosa y se sentó a horcajadas sobre la boca del cañón. Desde arriba, los miró con desafío, y con el índice se señaló el pecho. El disparo se realizaría por la noche, para despistar a los rusos. El proyectil humano pasaría inadvertido, como una bomba más que no llegó a explotar. Pero he aquí que Fulgencio

Cabrales emergería de las aguas del río Neva, nadaría sigilosamente hasta la orilla, bordearía la riba y volaría el puente. El plan parecía sencillo. La única dificultad era que hasta ahora los récords mundiales en disparos de hombres bala —que ostentaba el jerezano en todas sus modalidades— eran de 35 metros en altura y 85 metros en longitud; y ahora se trataba de cubrir una distancia mucho mayor: exactamente 2.900 metros. Un salto portentoso que incluía sobrevolar las trincheras enemigas y aterrizar en un río cuyas aguas eran famosas por sus fuertes corrientes. Él mismo dirigió la maniobra. Primero alojaron unos cojines en el fondo del cañón, para que amortiguaran la detonación; después, se introdujo el hombre bala, pertrechado con doce granadas de mano y coronado con el tricornio. Eins, zwei, drei... Se produjo un estruendoso disparo, cuyo estampido se escuchó a 15

kilómetros de distancia, y salió catapultado el mejor hombre bala del mundo. Planeó sobre el ejército ruso con los brazos abiertos en cruz a modo de Cristo volador, y replegó las extremidades en el último instante, para embestir las aguas del río Neva en posición fetal. El impacto lo desorientó momentáneamente. Sintió un fuerte dolor en la cabeza y las articulaciones se le anquilosaron. Por un momento creyó que se hundía para siempre; pero su cuerpo se desentumeció con un fuerte espasmo... Fulgencio Cabrales se aferraba al instinto de supervivencia y ya ascendía con rapidez a la superficie. Surgió de las profundidades con el empuje de una orca y abrió la boca para tomar una bocanada de aire. Luego, se dejó arrastrar por la corriente y poco a poco fue ganando la orilla. Caminó río arriba, con cautela. Tenía un ligero mareo, pero por lo demás se sentía bien de fuerzas. Ya sabía que la misión estaba cumplida. Tardó media hora en llegar al puente. La visión le causó respeto. Era una construcción consistente. Los pilares eran de planta cuadrada. La pasarela tenía unos tres metros de ancho. Dos contrafuertes a cada lado apuntalaban la estructura. Estaba desierto, sin guardia. Los rusos no esperaban verse sorprendidos por la retaguardia. Cruzó el puente. Ahora tenía al ejército soviético al otro lado del río. Una a una, arrancó las anillas de seguridad y fue lanzando las granadas de mano. La primera abrió un boquete, la segunda volatilizó un contrafuerte, la tercera impactó contra un pilar, que cedió, y una parte del puente se desmoronó. A partir de la cuarta, progresó en el lanzamiento a distancia y fue abriendo hueco. Al final, había derribado un tramo de unos 15 metros. La reconstrucción del puente, a corto plazo, era imposible. Fulgencio Cabrales se quedó plantado junto a la orilla, respirando el aire fresco de la noche. Pronto entró en un profundo estado reflexivo y, recapitulando los hechos, se dio cuenta de que no había escuchado las explosiones. Para corroborar sus sospechas, gritó; pero no pudo oír su voz. El hombre bala estaba sordo. Pero a Fulgencio Cabrales no le importaba en lo más mínimo la irreparable pérdida de uno de sus sentidos; mucho más preocupante le parecía el hecho de haber faltado a su promesa. Desolado, se pasó la mano por su cabellera mojada, sabedor de que la corriente del Neva transportaba río abajo, hacia su desembocadura en el Báltico, un noble tricornio. Sin ofrecer resistencia, Fulgencio Cabrales fue capturado a la mañana siguiente. Lo deportaron a Siberia. En el campo de concentración distrajo a los guardianes rusos haciendo equilibrista sobre las cornisas de los

barracones, y se granjeó la simpatía de los comunistas. Doce años después, en 1954, fue repatriado. Volvió en un barco griego llamado *Seminaris*, junto con otros 218 hombres de la División Azul, 7 de la Legión, 21 de las SS y un aviador. Era el epílogo a un derroche de heroísmo que no importó a nadie.

\* \* \*

Fulgencio Cabrales volvió al circo, pero el director había fallecido hacía tiempo y el número del hombre bala se había prohibido tras una serie de accidentes mortales. Pese a todo, muchos de los antiguos componentes seguían en activo, y no dudaron en interceder por Fulgencio Cabrales ante el nuevo director para que le ofreciese un puesto en la compañía. El 23 de Febrero de 1957, a sus 38 años, Fulgencio Cabrales debutó como payaso.

# LA CONSAGRACIÓN

## 1

— Le queda un mes de vida —concluyó la médico.

La doctora giró el ordenador portátil y le mostró la imagen del TAC. Manolo Hernández fijó los ojos en la pantalla, pero no vio más que un cuadro abstracto. Era como un gran huevo gris sobre fondo negro; en medio del huevo destacaba una mancha más oscura. La médico señaló la mancha con el índice y puso car de circunstancias. Manolo Hernández enfocó la mirada y, entonces sí, comprendió la magnitud de la tragedia. Aquella visualización representaba su cabeza. Y aquel borrón era un tumor que anidaba en el encéfalo.

Hasta aquel momento no había escuchado a la médico. Simplemente la observaba, porque, aunque no era muy bella, tenía una gracia sugerente. Eran sus ojos. Y sus gestos, quizás. Pero era, sobre todo, su voz. Tenía una voz dulce y melódica. Cuando hablaba, de sus labios salían mariposas blancas que revoloteaban por la consulta. Y las palabras se quedaban como suspendidas en el espacio: “...un mes de vida”

Manolo Hernández empezó a sentir una congoja en el estómago. Un sudor frío le humedeció la frente. Y notó que le costaba respirar. Inopinadamente, se le abrió un vacío acuciante en el vientre, y le vino un retortijón que le revolvió las tripas y que traía, con mucho apremio, la necesidad de airear gases. Miró a la doctora, como sopesando el agravio. Pero aquella persona que le rehuía la mirada envuelta en una bata blanca ya no tenía ninguna importancia. Ni siquiera existía. Soltó un pedo atronador y, autopropulsado por la descarga, se levantó de un brinco y abandonó la sala sin despedirse.

## 2

Cuando llegó a casa lo primero que hizo fue encender todas las luces y conectar todos los electrodomésticos. Enchufó el televisor y el estéreo y les bajó el volumen. Accionó la lavadora. El secador y el radiador. El lavavajillas y el microondas. Acto seguido llamó a información y preguntó por líneas eróticas. Le contestaron que no disponían de ese tipo de listados. Colgó con un ligero cabreo. Entonces se le ocurrió recurrir a Onán, un amigo vicioso que había alargado hasta los cincuenta la fase de perversión polimorfa. Onán le asesoró con profesionalidad, facilitándole la relación de servicios y precios. Manolo Hernández anotó el teléfono de la línea erótica más cara, dio las gracias y se despidió cordialmente. Marcó el número en cuestión y, después de casi dos minutos de hilo musical, una voz cálida empezó a conceder obscenidades. Manolo Hernández fue breve pero conciso: “Tú habla, guapa, que yo voy a lo mío.” Dejó el auricular sobre la mesa y a la mujer con su sugestivo repertorio. Entró en el baño, puso el tapón de la bañera, soltó el agua caliente y vertió media botella de champú para que el agua espumeara. Se desnudó y se plantó frente al espejo. Era el mismo rostro de siempre; y no obstante, hoy, su reflejo cobraba un extraño aspecto. Cogió la espuma de

afeitar, agitó el bote y, con el pulgar, apretó la caperuza: una pedorreta escupió un líquido blanquinoso, sin consistencia. Decidió afeitarse con jabón. Sólo se repasó la mitad de la barba —exactamente, la parte derecha—. Retrocedió dos pasos y se observó de nuevo en el espejo, primero de un lado y luego del otro. Ahora tenía dos perfiles. Era efectista, pero hubiese mejorado con una barba más larga. Cuestión de tiempo. En dos semanas, el afeitado parcial surtiría efecto y causaría impacto. Para entonces, todavía le quedarían dos semanas para... Prefirió no pensarlo. Tanteó el agua de la bañera con la punta del pie. La temperatura era perfecta. Entró, se tumbó boca arriba y extendió las piernas. Era una sensación agradable. El agua lo cubría todo de suavidad. Sumergió la cabeza y escuchó los latidos de su corazón amplificados y apagados. Próximos y lejanos a la vez.

### 3

A sus treinta y ocho años, seis meses y dieciséis días, Manolo Hernández es un hombre de mediana edad en el sentido más estricto de la expresión. La exactitud del cálculo no deja lugar a la duda. Teniendo en cuenta que los últimos estudios sobre la población española fijan la esperanza de vida del varón en 77'12 años, se podría afirmar, desde un punto de vista estadístico, que se encuentra justo en el ecuador de su periplo existencial...

Todo esto lo considera posado sobre la taza del retrete, hojeando un suplemento que evalúa el cambio generacional vivido por nuestro país desde la transición. El suplemento se titula De Franco a Zapatero pasando por Tejero, e incluye ensayos de prestigiosos escritores. Al final de los distintos artículos, unos gráficos comparativos contrastan la calidad de vida entre la España de 1975 y la del 2005. Analizando los datos y comparando las cifras, Manolo Hernández ameniza el estreñimiento. En los últimos treinta años el macho hispano ha crecido siete centímetros —del 1'69 ha pasado al 1'76—. El número de inmigrantes se ha disparado —de 165.000 a 2.560.000—. Se ha encarecido la vivienda —de 28.000 pesetas a 2.750 euros el metro cuadrado—. Y ahora generamos más del doble de basura —de 250 a 600 kilos por persona al año—...

Es una progresión imparable —piensa Manolo Hernández—. En todos los sectores se tiende al incremento exponencial. Han aumentado los kilómetros de carretera; la producción y la venta de coches; los accidentes graves y los mortales; el precio de los distintos tipos de carburante; el número de televisores, radios, teléfonos fijos y móviles; la capacidad de los ordenadores; la negociación en bolsa y el dinero en circulación; los gastos de la Corona y el salario mínimo; los accidentes laborales y las indemnizaciones; los sindicatos y los abogados laboristas; los funcionarios y los parados; las pensiones y las residencias para ancianos; las asociaciones juveniles y las guías de ocio; las drogas, los festivales y los traficantes; las armas y los pacifistas; las manifestaciones y los antidisturbios; los delincuentes y los guardias civiles.

Manolo Hernández concluye que, con los años, el dato numérico tiende al alza. Es un hecho irreparable. Todo, a la larga, se multiplica. Todo. ¿Absolutamente

todo? Pues no. Todo no. Siempre hay excepciones que confirman la regla. En este caso son dos los elementos que se resisten al fenómeno multiplicador. En un gráfico de incontables líneas ascendentes, una raya negra y otra roja desafían la armónica escalada y trazan unas secantes que apuntan hacia abajo. Manolo Hernández busca su correspondencia de valores. ¿Qué puede involucionar en tiempos de capitalismo atroz? Respuesta: los sacerdotes y los hombres bala. En 1975 había 24.379 curas, 20.640 religiosos, 80.242 monjas y dos hombres bala. En el 2005 sólo quedan 19.837 sacerdotes, 13.010 religiosos y 48.585 monjas. El carismático hombre bala ha desaparecido.

Contrae los abdominales, relaja el esfínter y, por un momento, siente compasión por el mundo del circo, y también por el clero, aunque menos. Pero retoma enseguida las reflexiones sobre los datos que le atañen: la esperanza de vida en general y, en particular, su edad, intermedia y equidistante.

Se podría decir que le han roto la vida por la mitad, o que le han robado media vida. Y no es que él espere que la parte por venir vaya a mejorar la que ha dejado atrás. Ni soñarlo: las segundas partes nunca fueron buenas —se dice Manolo Hernández—. Y en esto tiene toda la razón. Lo malo, y aquí le vienen los pesares, es que se ha quedado con la sensación de que la primera parte ha pasado ajena a sus decisiones. Se le ha esfumado en un abrir y cerrar de ojos, y él ni siquiera ha tenido tiempo de entrar en escena. Se siente estafado. Como si en la película de su vida se le hubiese asignado el papel de actor secundario. O peor: de extra.

Le robaron la magia de la niñez en un internado jesuita, donde le cambiaron el juego por el tedio del estudio, y la travesura por el rigor de la doctrina. En cuatro padrenuestros se plantó en la adolescencia, sin vocación para nada pero con ganas de airearse. Su familia, sin embargo, no le dejó abandonar los estudios. Era el único que había coronado el bachiller y aquello generaba grandes expectativas. Demasiado pusilánime para contravenir a sus mentores, ingresó en la facultad de ciencias exactas y, en resumidas cuentas, acabó enchufado en un banco.

Entremedias habían quedado algunas amistades superficiales, un par de ligues pasajeros y un ascenso que rechazó —por alergia a la responsabilidad—. No hacía falta darle más vueltas. Su vida había transcurrido sin que mediara su propia voluntad, con la vaguedad del sueño que se olvida al despertar. Y era esa distancia que había guardado con respecto a sí mismo, lo que le había ido perfilando un carácter pasivo, insensible y abandonado.

Era como si nada ni nadie pudiese dejar huella en la existencia de Manolo Hernández. Bueno, a excepción de una imaginación disparatada, que una vez le pasó por la cabeza y que, más tarde, con los años, encontraría una grieta en sus procesos mentales para colarse en cada momento de evocación, hasta convertirse, a día de hoy, en una idea obsesiva. Una idea con la que sueña por la noche y que de día lo asalta cuando se abstrae. Una idea que, en este preciso instante, mientras se repasa el ojete con el papel de celulosa, vuelve a esbozar con una viveza insospechada: vestido de western, con estrella de sheriff y sombrero de ala ancha, Manolo Hernández se imagina entrando con paso desafiante en la sucursal donde trabaja, desenfundando el revólver y sentenciando: “Esto es un atraco.”

Al día siguiente llegó al trabajo con dos horas de retraso, enfundado en ropa deportiva y sorbiendo un expreso en vaso de plástico. Llevaba el periódico debajo del brazo y una mochila colgada a la espalda. Sus compañeros lo miraron desconcertados. Él saludó con una sonrisa radiante.

Atravesó la puerta de seguridad y se instaló en su cubículo. Dejó el vaso humeante sobre la mesa y conectó el ordenador. Alzó la vista y comprobó cómo las personas que esperaban en fila seguían sus movimientos con cierta curiosidad. Les indicó con la mano que ya podían acercarse. Sin guardar el orden de turno, los más avispados se apresuraron a formar una nueva cola frente a su ventanilla.

Esperaba a la clientela sentado de lado, ojeando el periódico. Y a cada cliente le mostraba un perfil, alternando de esta manera la presentación de sus dos costados —ahora el barbudo, ahora el rasurado—. La acción se desarrollaba de la siguiente forma: Primero Manolo Hernández daba los buenos días, y a continuación, giraba la cabeza en un rápido movimiento y se ofrecía de cara. El dispar afeitado del empleado causaba reacciones variadas. En la mayoría de las ocasiones, los clientes se sorprendían y no podían disimular un gesto de estupor. Algunas veces, sin embargo, sobre todo en el caso de las personas entradas en edad, se generaba una situación muy tensa, que podía dar lugar al sobresalto. Tan sólo los adolescentes eran capaces de tomárselo a cachondeo y levantaban los pulgares para mostrar su complicidad.

A mediodía la broma ya había perdido la gracia; así que para rematar la mañana, empezó a falsear las operaciones bancarias.

Cuando le ingresaban el dinero, Manolo Hernández lo introducía en la máquina cuenta billetes. Normalmente el cliente observaba el recuento, absorto por la velocidad con que la máquina hacía aletear los billetes, y fijaba los ojos en una pequeña pantalla, donde los dígitos ascendían con rapidez hasta componer la suma definitiva. Si éste no era el caso, Manolo Hernández reclamaba la atención del cliente señalando con el índice la cifra final. Repetía el número en voz alta y miraba al cliente. Entonces, por un momento, simulaba contrariedad y erraba en el cálculo. “Cincuenta billetes de diez... serán... quinientos veinte euros.” Y tecleaba la cantidad en el ordenador. Por lo general, la gente le corregía el error. Pero cuando pasó a inflar el ingreso multiplicando la cifra por diez, nadie advertía la equivocación.

En la retirada de efectivo la diversión estaba garantizada. Contaba y recontaba los billetes con parsimonia, repitiendo en voz alta, una y otra vez, la suma requerida por el cliente. Al final, añadía un par de billetes de cien euros. Lo metía todo en un sobre y guiñaba el ojo.

Poco antes de cerrar ya había convertido su puesto en un verdadero casino. En lugar de un sobre, rellenaba dos. El primero contenía la cantidad correcta; el otro, el doble. Dejaba los dos sobres sobre la mesa y, con un bolígrafo, anotaba en el dorso de un sobre cara y en el del otro cruz. Después, lanzaba una moneda al aire.

Llegó la hora de cerrar: las dos y cuarto. Manolo Hernández apiló unos cuantos fajos de billetes y los metió en la mochila. Apagó el ordenador, cruzó la puerta de seguridad y se dirigió al despacho del director. Sabía que lo convencional era presentar los exámenes médicos y solicitar la baja, pero quería despedirse por todo lo alto. Entró al despacho sin llamar a la puerta, interrumpiendo una entrevista con un cliente especial. Desde el umbral, con tono desafiante, Manolo Hernández finiquitó su empleo:

— Acabo de incurrir en delito por desfalco. ¡Y volveré para desvalijarlo!

## 5

Fue a la Plaza Real, donde merodeaban los dropouts: los nuevos vagabundos del tercer milenio, una mezcolanza de tribus urbanas de naturaleza muy diversa que parasitan las calles esperando su oportunidad. Su idiosincrasia no encaja en el formato estándar del sintecho tradicional. No todos llevan las manos sucias, ni les faltan incisivos, ni duermen sobre cartones, ni visten con harapos. El único baremo posible para una clasificación aproximativa viene dado por la sustancia tóxica que consumen. Así, la heroína produce zombis en chándal, de mirada transparente y cara costrada. El speed fabrica punkis enlutados con collares puntiagudos y perros sarnosos. El alcohol genera tambaleantes solitarios que deliran con un cartón de vino. La coca base augura el declive de los pijos, condenados a un ostracismo de callejeo nervioso. Además de los mencionados, completaba la fauna de la plaza un selecto surtido de aparcacoches, mascachapas, piesnegros, topmantas, sinpapeles y pegapalos.

Manolo Hernández se quedó unos minutos contemplando la compleja diversidad del género humano y, por un segundo, notó que se le reblandecía el alma. Ahora que tenía la sensibilidad mucho más afilada, empezaba a ver las cosas desde otro punto de vista. Así era como todos aquellos grupúsculos, que en otro momento hubiese considerado simple chusma, en este preciso instante le despertaban una simpatía infinita. Mirando como un punki aderezaba el calimocho con licor de melocotón, se le humedecieron los ojos. Cuando el okupa pasó el cubalitra, se le saltaron las lágrimas.

Se acercó al grupo de punkis, que se restregaban por el suelo mientras se desperezaban entre bostezos y blasfemias. Sacó un fajo de billetes de cien y lo repartió gentilmente. Después los instó a que se levantasen. Quería invitarlos a comer en las terrazas. Que tomaran las mesas que acostumbran a monopolizar los turistas. Pero no era tan fácil. Una revolución no se consume de la noche al día. Uno de ellos se le encaró desconfiado:

— ¡Un punki no se vende!

Abandonó el grupo un tanto disgustado, pero no cesó en su empeño por generar cambios sociales.

Al final, reunió a dos yonkis catalanes, tres turcos trileros, un carterista argentino, dos camellos argelinos, un estraperlista polaco, un timador armenio y dos prostitutas bielorrusas, y los dispuso alrededor de una gran mesa en un restaurante de lujo. Contó sus comensales. Una docena. Le admiró la redondez

del número, que se prestaba a la analogía directa: La Última Cena. La idea lo dejó perplejo. Sobre todo, porque por eliminación, por contraste y porque presidía la mesa, le tocaba el papel de Mesías. Hizo un gesto de contrariedad y descartó la idea. Jesucristo le venía demasiado grande.

Mientras observaba cómo sus discípulos devoraban exquisiteces culinarias, le vino a la cabeza un personaje cuya sola evocación le hizo esbozar una sonrisa: Robin Hood.

## 6

Siempre había querido tener un apartamento más grande. De hecho, cuando compró su piso de treinta metros cuadrados, lamentó la insuficiencia de su sueldo. Fue la única vez en que se arrepintió de no haber aceptado el ascenso que le ofrecieron en su día, porque con un mejor sueldo hubiese conseguido una financiación más alta para la hipoteca y, consecuentemente, un apartamento más grande.

Era un edificio de seis alturas, con cuatro puertas por planta. Cada apartamento tenía un tamaño distinto. Había un piso de treinta metros cuadrados, otro de sesenta, un tercero de ciento veinte y un último de doscientos cuarenta. Era una progresión geométrica de áreas espaciales que permitía determinar el poder adquisitivo de los inquilinos. En la finca, prosperaba el clasismo aritmético. Las amistades eran reducidas a común denominador y el exponente fijaba las reglas de sociabilidad.

Manolo Hernández era el pobre de su planta —el que habitaba en el apartamento de treinta metros cuadrados—. Esta circunstancia resultaba especialmente mortificante si se tenía en cuenta que él era uno de los cuatro residentes que vivían todo el año en aquella urbanización de playa. El resto de los vecinos de la finca —incluidas las tres puertas de su planta— disponían de sus apartamentos como segunda o tercera residencia y tan sólo se personaban en Pascua o en verano, para pasar las vacaciones.

De esta manera, Manolo Hernández se quedaba prácticamente solo durante más de nueve meses. Esto, sin embargo, no constituía ningún inconveniente para él. La falta de compañía no le incomodaba en lo más mínimo. Más bien al contrario: siempre había considerado la soledad un privilegio. Ahora bien, del mismo modo que le gustaba la tranquilidad de la finca en invierno porque “para quien tiene el espíritu relajado, la soledad enriquece y apacigua”, el hecho de vivir junto a apartamentos desocupados le molestaba sobremanera.

Manolo Hernández consideraba que el fenómeno de la vivienda deshabitada era un síntoma inequívoco de injusticia social. “Un alarde de ostentación” por parte de sus propietarios. Que él tuviese que optimizar el espacio, existiendo apartamentos a su alrededor que sólo se habitaban unos días al año, le parecía una insolencia. Por ello, cada vez que recordaba que los pisos contiguos habían sido abandonados durante meses, se le estrechaban las paredes y sentía claustrofobia.

Aquella tarde la angustia provocada por el espacio cerrado se le hizo insoportable. Poco importaba en qué ángulo del apartamento se acomodase, los tabiques se encogían y lo acorralaban.

Consultó el reloj: eran las siete, aún tenía tiempo. Salió de casa y bajó en el ascensor hasta el sótano. En el garaje encontró todas las plazas vacías menos la suya. Arrancó el coche. Sacó de la guantera el control remoto, apretó el botón y la puerta automática se deslizó hacia la derecha. Pisó el acelerador, los neumáticos chirriaron al subir la rampa y salió a la calle derrapando. Condujo hasta Dos por Cuatro, Materiales de Construcción. Compró una maza y guantes de plástico.

Al primer mazazo abrió un boquete de un palmo en el tabique. Se sorprendió: no esperaba que la pared cediese con tanta facilidad. Oteó a través del orificio de aquí para allá. Sumido en una agradable penumbra, se perfilaba el mobiliario del salón de los López Egea. Descargó la maza con golpes vigorosos y los ladrillos fueron resquebrajándose. Poco después, buena parte del tabique se desmoronaba levantando una espesa polvareda, que le cegó los ojos.

Tras el umbral de escombros le esperaba un piso de seis habitaciones. Parpadeó repetidamente para sacarse el polvo de los ojos, y cruzó. Al traspasar el amplio agujero e invadir el espacio López Egea tuvo una agradable sensación. Miró a su alrededor y el espíritu se le dilató. Era la sensualidad de la profanación. El aire renovado de la expansión. Y el morbo del delito... Aunque él, más que allanamiento de morada, lo consideraba un simple reajuste de fronteras.

Las persianas estaban bajadas. Tan sólo unos finos haces de luz se colaban por los listones superiores. Buscó la caja de electricidad y conectó el diferencial. Accionó los interruptores.

Tenían televisor de plasma y DVD. Inspeccionó la colección de películas. Las Aventuras de Robin Hood, de Kevin Reynolds. Hizo una mueca de desaprobación: Kevin Costner no hacía un buen papel y la ambientación fallaba. No se podía comparar con el film de Michael Curtiz, aquel clásico insuperable rodado en 1938. En la obra maestra de Curtiz, Errol Flynn se salía en la interpretación del legendario arquero. Manolo Hernández sonrió y se encaminó a la despensa.

Tumbado sobre el sofá con una copa de Rioja Gran Reserva en la mano, vio Fort Apache. Después cenó. A continuación vio Asalto al Carro Blindado. El clásico se le hizo largo y le despertó el apetito, así que realizó otra expedición a la despensa y se preparó la segunda cena: una lata de perdices en escabeche regadas con Vega Sicilia. Antes de acostarse, para liberar tensiones, puso en el DVD un film que prometía: Garganta Profunda.

Cuando se levantó para ir al dormitorio del matrimonio López Egea, al pasar por delante de la consola se fijó en el teléfono. Pensó que era imprescindible comprar una alargadera de cable telefónico.

La vida disipada lo contentó durante una semana, al cabo de la cual reapareció el malestar del recuento. Le quedaban tres semanas, ni más ni menos. Veintiún días. La euforia inicial, propiciada por las reformas del piso y las vacaciones anticipadas, se había volatilizado, dando paso a la sensación de angustia propia de quien intuye la agonía final. Pero el problema no era sólo la ansiedad de la cuenta atrás; además existía el inconveniente de que la brevedad le exigía emociones fuertes. En otras palabras: estaba forzado a realizar actividades muy intensas, pues únicamente lo extraordinario podía tener cabida en el apretado calendario. Y aquí se le abría un abanico de posibilidades para el cual le faltaba criterio de elección.

¿Debía dejarse caer por el lado de las experiencias sexuales? Y si escogía este camino, ¿era preferible la masturbación o la orgía?, ¿la pareja o el trío?, ¿el homo o el hetero?, ¿sadismo o masoquismo?, ¿lencería o fetiche?, ¿zoofilia o incesto?, ¿festejo desflorador o relación morganática?

Por otra parte, podía abandonarse al mundo de las drogas. Pero entonces ¿era mejor comer bolitas de opio o pincharse caballo?, ¿empastillarse en una rave o tripar en la montaña?, ¿enfarlopase en la sala VIP de una discoteca o anfetaminarse en un concierto punk?, ¿borrachera cervecera en un pub irlandés o fumada de crack en un portal cualquiera? También podía utilizar la droga con fines pedagógicos, experimentar y abrir las puertas de la percepción al más puro estilo hippy-trippy-tribal-trance. Pero entonces, ¿era más apropiado el cornezuelo de centeno o la amanita muscaria?, ¿el peyote o la belladona?

Llegó a pensar incluso en combinar las drogas con el sexo, para preparar ricos cócteles. Pero seguía sin salir de dudas: ¿zoofilia y ácido o masaje tailandés y quetamina? ¿la coca y el puticlub o el speed y la paja?

Cuanto más vueltas le daba, más liaba la madeja. Cada opción le abría otras tantas y las combinaciones se multiplicaban.

Decidió obviar el mundo de las drogas y el sexo. Demasiado banal. Además, no se trataba de escapar a la realidad, sino de vivirla intensamente. Conseguir el hiperrealismo. Concentrarse en la existencia. Condensar la experiencia. Vivir el momento. Y aquí le vinieron a la cabeza los deportes de riesgo, porque ¿acaso la clave para lograr la sensación de intensidad no es segregar adrenalina? Se planteó distintas alternativas: lanzarse en paracaídas, hacer un curso acelerado de ala delta, de caída libre, de barranquismo, puenting, rafting, rappel, parapente, esquí extremo y, curiosamente, también de esgrima. De la esgrima pasó al tiro con arco. Y el arco se lo imaginó tensado por el brazo de un famoso arquero, más concretamente, por el de Guillermo Tell. En la evocación iban incluidos el hijo, la flecha y la manzana. Y de aquí, quizás por el paralelismo épico y el paisaje septentrional que enmarcaba la escena, hizo un salto a Robin Hood y entró de bruces en los bosques de Sherwood.

Manolo Hernández respiró profundamente y notó un bienestar en el pecho, como si los alvéolos pulmonares embalsamaran toda la frescura de las arboledas de Nottingham.

## 8

Regresó a la Plaza Real y se personó de nuevo ante la pandilla de punkis, que directamente le preguntaron si traía más pasta. Negó con la cabeza y los punkis parecieron decepcionarse. Sin más preámbulos, Manolo Hernández aclaró los términos de su visita: venía a ofrecerles unos apartamentos en la playa.

Les aseguró que las posibilidades que brindaban las residencias de verano para la ocupación temporal eran ilimitadas. Relató su propia experiencia a la hora de expandir espacios por demolición. Les explicó también que el peligro era prácticamente inexistente. La ubicación de la finca —a primera línea de playa— minimizaba el riesgo, ya que la fachada daba a un paseo peatonal y la policía patrullaba la urbanización muy ocasionalmente y sin siquiera apearse del coche. Los vecinos tampoco resultaban ningún impedimento. Una pareja de jubilados en el sexto y un alemán desorientado en el primero constituían la comunidad de residentes fuera de temporada. La única persona ajena que se colaba en el edificio era un empleado de Iberdrola, que, una vez al mes, procedía a la lectura de contadores en la planta baja. Así pues, teniendo en cuenta que él habitaba en el tercero, si empezaban a perforar desde el apartamento de los López Egea, era posible tomar las dos viviendas contiguas. Después, podían derruir el techo y acceder a los pisos superiores con escaleras...

Los punkies lo escucharon, absortos, llegando incluso a asentir con admiración al ver la elegancia con la que capeaba la amenaza policial. Pero pese a parecer convencidos, los punkies no acababan de pronunciarse. Manolo Hernández esperó la respuesta, paciente, sabedor de que se las tenía con un sector proclive a suspender el juicio. El portavoz del grupo, por toda contestación, formuló una pregunta elemental:

— ¿Hay que currar?

Manolo Hernández negó con la cabeza. ¿Currar? ¡Nada más lejos de la realidad! ¿No habían oído hablar de las facilidades que garantizaban las técnicas de derribo con maza? ¡No! Era muy simple: un gran destrozo de un solo golpe. Mínimo esfuerzo, máximo resultado. Y llegados a este punto, sí: los okupas no pudieron ocultar su complacencia. Se formalizó la asamblea precedente y se alcanzó un acuerdo unánime.

## 9

A ciento sesenta por hora y con los altavoces vomitando Barricada, Manolo Hernández y cuatro punkis cortan el viento por la autopista del litoral. Van pertrechados con mazas, picos, palas, guantes de cuero y gafas protectoras.

Esperan hasta las cinco, hora en que los jubilados salen a dar su paseo vespertino. El alemán no está: trabaja en la BMW. A las cinco y cinco cae el primer mazazo. Al instante, irrumpen en el comedor de la familia Palacios Marín, donde encuentran un Ipod Hi-Fi con altavoces de cuatrocientos vatios por canal.

Con los cristales de los balcones trepidando con la distorsión de Extremoduro, se procede a un derribo sistemático de paredes y tabiques. Los golpes son descargados sin orden ni concierto. Un punki abre un boquete en un muro de carga y el techo se resquebraja. Otro revienta un televisor.

Aquella misma noche una prole de descarriados toma la tercera y cuarta planta. Se arman desmadres múltiples y en cada apartamento se monta una juerga desenfundada. Se lleva a cabo el saqueo de las despensas y las bodegas. Se presenta un catering variado de comestibles en conserva. Se improvisa la mezcla del calimocho con vinos de etiqueta. Se ofrece una degustación química exquisita. Cada rincón es un fumadero.

Sobre cada mesa, se monta un laboratorio. La gente consume sin reparos y el jolgorio se brinda a la aberración caligulesca. Manolo Hernández pasa de vivienda en vivienda, se presenta a los nuevos inquilinos y acepta amigablemente cualquier tipo de invitación. A las tres de la madrugada, en un momento de lucidez sicotrópica, sufre un ataque de realismo, reflexiona sobre su vida y se retira apesadumbrado a su habitación.

Se acuesta e intenta dormir. Pero es imposible. El escándalo es ensordecedor. La música retruena en las paredes. Se escuchan gritos, pataleos, portazos y, de vez en cuando, el golpe seco de los picos y las mazas. Consciente de la imposibilidad de conciliar el sueño, se levanta de la cama, se viste y sale de su habitación. En el recibidor saluda a un grupo de albaneses expatriados. Abandona el piso con una extraña sensación. Es la primera vez que no ha tenido que abrir ni cerrar la puerta para salir de casa.

## 10

Se despierta a mediodía con una resaca de muerte. Tiene la garganta seca, la lengua de trapo y le cuesta tragar saliva. Pero las sábanas de hilo le acarician la piel. Tienen un tacto suave. Se da la vuelta y bosteza. Estira el cuerpo y se despereza. El colchón es inmenso, no alcanza sus límites. Las telas del dosel penden en finos pliegues de seda. La mosquitera blanca lo envuelve en una nube. Por las cortinas de damasco se cuelan unos rayos de sol que asaetean el suelo de mármol. La suite del hotel es espaciosa y sus balcones miran a la Plaza Real.

Dobla la colcha y se incorpora. Aparta la tela de la mosquitera, aparta la tela del dosel y sale de la cama con la sensación de haber abandonado una matriz protectora. Entra en el baño, abre el grifo del lavabo y se lava la cara. Llena un vaso de agua y se lo bebe de un trago. Se la saca, mea, la sacude y se la guarda. Sale del cuarto de baño. Se dirige al balcón, descorre las cortinas, abre los ventanales y se asoma a la plaza.

Sobre el adoquinado, tumbados al sol cual lagartos en pleno orgasmo fotosintético, los punkis se pasan el calimocho impunemente. Manolo Hernández hace visera con la mano, entorna los ojos para precisar la visión y los identifica. Los de hoy son los de ayer. Los de siempre, vaya.

Llama a recepción y encarga que le suban el desayuno (zumo de naranja, tostadas y café). Se ducha (se enjabona dos veces). Se afeita (se perfila la media barba). Se viste (piensa que necesita con urgencia ropa interior limpia). Baja a la plaza y se acerca a la pandilla de punkis. Los okupas lo reciben con una desconfianza nada disimulada.

— ¿Qué quieres?

— Pensaba que estabais en la playa.

— Pues ya ves, no.

## 11

Cuando emboca la calle del garaje, mete la mano en la guantera para buscar el control remoto de la puerta automática. Frena en seco. Acaba de detectar dos coches de la Guardia Civil. Están estacionados al final de la calle, junto a las escaleras que dan al paseo. Da marcha atrás y aparca en la calle paralela. Abre el maletero y coge las bolsas de la compra —una botella de champán, calzoncillos, calcetines, un pasamontañas, dos DVDs y una alargadera de cable telefónico—. A pie, da la vuelta a la manzana.

Deja las bolsas a un lado y se sienta sobre la arena. Desde la playa, observa su edificio. En cada balcón del sexto piso se asoma un picoletto. Se comunicando voces; pero sopla un fuerte viento de levante y Manolo Hernández no puede entender lo que dicen. Uno de los guardias civiles, con tricornio y bigote, también parece tener dificultades para escuchar, pues desde el sexto derecha, niega con el dedo y se señala la oreja.

Media hora después, ocho picoletos y dos ancianos salen de la finca. Los ancianos van esposados. Manolo Hernández los reconoce. Son la pareja de jubilados del sexto. Los guardias civiles meten a cada detenido en un coche patrulla, arrancan y, un Patrol detrás del otro, se marchan.

Encuentra el portal de la finca precintado. Se agacha y pasa por debajo de la cinta. Ya en el vestíbulo, oye un alboroto de voces, ruidos y carreras. El tumulto parece haber embocado la escalera; se escuchan gritos, golpes y portazos. El murmullo aumenta. Las pisadas resuenan cada vez más próximas. La llegada en tropel es inminente. Manolo Hernández mira la boca de la escalera y espera expectante. De pronto, una riada de indigentes cargados con todo tipo de muebles y electrodomésticos desemboca en la planta baja. Manolo Hernández se arrima a la pared para no ser atropellado. Cuando pasa la multitud, se mete en el ascensor. Mientras se cierran las puertas automáticas, ve a un rezagado que lleva sobre el hombro una taza de inodoro.

Un segundo después de apretar el botón, se arrepiente de no haber tomado las escaleras. Los guardias civiles han dejado condensado en el ascensor el inefable olor del Cuerpo. Se apea en su planta.

La puerta está abierta. Encuentra el recibidor vacío, sin cómoda, perchero ni espejo. En el salón falta el televisor y la radio. En la cocina, el microondas y la tostadora. En el baño, el secador y un juego de toallas. En su cuarto, el colchón.

Pero lo que más le molesta, es la lavadora. No porque se la hayan robado, sino porque la han dejado en medio del estrecho pasillo y tiene que saltar por encima para pasar. Manolo Hernández observa el rastro de arañazos en las baldosas del suelo, y sonríe: seguramente los expoliadores cedieron en el intento de arrastrar el pesado electrodoméstico. Aquello le hace recordar el día en que su primo vino de la sierra para ayudarle a colocar la lavadora. Siente nostalgia.

Pasa al piso de los López Egea. Ya no hay televisor de plasma, ni DVD, ni colección de películas. En el apartamento de los Palacios Marín el expolio ha sido más sistemático: faltan las lámparas y los muebles, se han llevado las puertas y han desmontado los marcos de las ventanas. El cuarto apartamento está completamente vacío. No queda ningún objeto. Ningún indicio de vida doméstica. Manolo Hernández se rasca el pescuezo y piensa que han dejado el piso tan despejado, que parece que una inmobiliaria lo acabe de poner en venta. Pero se desengaña al llegar al salón. Allí encuentra un montón de escombros. El derribo procede del piso de arriba, de un boquete que han abierto en el techo, por donde se adivina el paso a la vivienda superior.

Deshace sus pasos y regresa a su apartamento. Se sienta en el sofá y, por simple placer especulativo, evalúa los destrozos. Concluye que el saqueo se ha llevado a cabo de una forma muy poco práctica. Lo convencional hubiese sido robar primero en su apartamento, por dos razones elementales: primero, porque su puerta está más cerca del ascensor; y, segundo, porque conviene despejar el espacio de tránsito para evitar la acumulación de trastos. De todos modos, sabe que no puede reprocharles nada. Quién sabe si, en última instancia, todo aquel aparente desconcierto no responde a un plan assembleísta para rendirle homenaje. Lo cierto es que, en comparación con los otros apartamentos, el suyo ha sido desvalijado de una forma meramente testimonial. El teléfono, por ejemplo, no se lo han llevado.

Se vuelve a asomar al piso de los López Egea y comprueba satisfecho que tampoco a sus vecinos les han robado el teléfono. Regresa a su apartamento. Busca las bolsas de la compra. No las encuentra. Finalmente, sí. Las había dejado sobre la lavadora.

Coge la alargadera de cable telefónico. Inserta una clavija en la caja de conexión y la otra en el teléfono. Con el aparato en la mano se dirige al salón de los López Egea. El cable se va desplegando a su estela. Llega al salón y se para frente a la consola donde está el aparato telefónico de los López Egea. No ha fallado en el cálculo: quince metros eran más que suficientes. Descuelga el auricular de su teléfono. Vuelve a colgar. Trata de recordar dónde anotó el número de línea erótica que le recomendó el amigo perverso polimorfo. Vuelve a su piso a por la agenda telefónica. Mira en la M. Mamá, Manolo, Manuel, Marisa, Médico, Montalbán, Mambo Club. ¡Ahí está! Vuelve al apartamento de los López Egea. Descuelga el auricular de su teléfono y marca. Inmediatamente descuelga el auricular del teléfono de los López Egea y vuelve a marcar el mismo número. Confronta los dos auriculares y espera a que contesten. Las operadoras eróticas entablan, en el acto, una cálida conversación.

## 12

El día en que enfermó tuvo la premonición de que la muerte rondaba de cerca. Entró en un estado de duermevela febril y en el ensueño reconoció a la Parca llamando a su puerta. Fue una evocación clásica: la calavera se presentaba encapuchada y blandiendo la guadaña. El único complemento innovador era el estetoscopio que lucía sobre la túnica negra...

Cogió unas fiebres muy altas. El dolor de huesos era insoportable. Tenía la cabeza a punto de estallar. Le crujían las articulaciones. Y sudaba. Sudaba mucho. Un sudor que supuraba por todos los poros de su cuerpo y que empapaba las sábanas. Era un sudor frío, aunque la fiebre le abrasaba la piel.

Se tomó dos aspirinas y se cubrió con varias mantas. Pensaba que el dolor se intensificaría en la agonía final, pero el acetilsalicílico le bajó la temperatura y le despejó la cabeza. Consciente de que el efecto del fármaco era transitorio, hizo un gran esfuerzo y se tuvo en pie. Al ganar la posición vertical, sufrió un ligero mareo. Se sentía muy débil.

Salió a la calle con la sensación de estar atrapado en un sueño. La luz de la mañana llenaba las calles de destellos que le herían la vista y tenía que entornar los ojos para distinguir los objetos. Le temblaban las piernas. Cada paso era un sobreesfuerzo y temía desplomarse de un momento a otro. Era como caminar en una nube.

Entró en la armería y masculló dos palabras: “una pistola.” El empleado le remitió a una vitrina gigante repleta de armamento militar. Manolo Hernández señaló el armatoste de mayor volumen. El empleado abrió la cerradura de la vitrina, sacó el arma y se la alargó. Manolo Hernández asintió sin siquiera empuñarla. Enseñó el DNI y pagó con tarjeta. Pasó por el mostrador y recogió una enorme caja de cartón.

Cargado con aquel bulto sobre su cabeza, tambaleándose en un precario equilibrio, marchaba por las calles con la firme convicción de que transportaba un artefacto letal. Poco sospechaba que acababa de adquirir un rifle de balines con mira telescópica; lo máximo que, sin licencia de armas, se podía conseguir en aquella armería.

## 13

Ninguna dificultad en la vida de un hombre es comparable a la de encararse con el trance de la muerte. Muy pocos son los que están preparados.

Arrebujado en la cama, sacudido por escalofríos y ataques de tos, Manolo Hernández se debatía entre el postrero repaso al bagaje de su vida y el rápido proceso de ultimar los preparativos de la hora final.

Era consciente de que en la vida, hasta el momento, había pasado de puntillas y sin brillar. Pero en el día de hoy estaba dispuesto a cambiar su destino. Ya no podía consentir más mediocridad. No podía consumirse sin rebelarse. No podía pasar al olvido. ¡No! Por eso, ante el ultimátum de la agonía final, no le quedaba otra opción que planear un desenlace digno. Ya conocemos el

tópico de que un buen final puede salvar una mala película. Pues se trataba justamente de eso, de deslumbrar en la última escena.

Se incorporó, apartó la mosquitera, apartó el dosel y se inclinó sobre el piso de mármol. Sacó la caja de debajo de la cama y la abrió. Cuando descubrió que era un rifle de balines, se quedó con la sensación de haber sido injuriado gravemente.

Intentó calmarse. Ahora no era el momento de dejarse vencer por la consternación. No podía permitir que un simple inconveniente diera al traste con todo.

Se vistió y salió de la suite. Bajó a la Plaza Real y abordó a los punkis. Los okupas, desde el suelo, lo examinaron con recelo. Manolo Hernández se metió la mano en el bolsillo interior de la gabardina, sacó un fajo de billetes y lo tiró en el centro del ruedo. Fue conciso:

— Si queréis pasta, mañana a las dos y cuarto frente al Banco de España. Corred la voz.

Habrá para todos.

## 14

Aquella tarde alquiló un coche y tomó la autopista hacia el interior. Aunque el calentón de la fiebre había remitido, se sentía débil, al límite de sus fuerzas. Conducir hasta el cortijo de su primo fue toda una odisea. Cruzó la sierra por pistas tortuosas que serpenteaban por barrancos y despeñaderos. Las curvas y los repechos lo marearon. Llegó descompuesto. Antes de llamar a la puerta respiró profundamente y cruzó los dedos.

— ¡Manolo, qué sorpresa! ¡Pero qué pálido estás! ¿Tienes la gripe o qué? ¿Y esa barba?

— Vengo a por la escopeta.

— ¿Qué vas a cazar?

— Ratas y sabandijas.

Asaron chuletas a la parrilla. El primo soplaba las brasas, volteaba la carne y la sazónaba con hierbas aromáticas. Manolo Hernández lo contempló con ternura. Aquel aire burdo y rústico tenía un no sé qué de entrañable. Iluminado por el fulgor de las llamas, su primo se le revelaba como un espíritu noble. Un ser asombroso, aureolado por una indefinible esencia de saber silvestre. Era una suerte contar con él. Un exclusivo privilegio. Rememorando momentos compartidos, recordó que no siempre se había sentido tan orgulloso de su primo. De hecho, hubo un tiempo en que le avergonzaba reconocer que la familia contaba en sus filas con un mamporrero. Se compadeció de sí mismo por tanto prejuicio.

También se lamentó del tiempo perdido. Pensó que era una paradoja que la vida le hubiese hecho esperar hasta las vísperas de su muerte para concederle la clarividencia. Ahora, en la última cena, comprendía que si viviésemos dos

veces no cometeríamos los mismos errores... Soltó una carcajada, chasquéo la lengua y palmeó a su primo en el hombro. El primo se giró y lo miró contrariado.

La cena lo recompuso y el vino lo atemperó. Se arrimó a la lumbre y se hizo un ovillo junto al fuego. Se durmió en posición fetal y soñó con lo de siempre.

## 15

Tuvo un grato despertar. Había recuperado el vigor y la ilusión era tal que se diría que no estaba enfermo. Todavía saboreaba el dulce regusto de los sueños nocturnos, que ahora, más que nunca, se le aparecían con la estampa del mejor auspicio.

Salió a la era. Hacía un día espléndido. De cielo azul y sol radiante. Las primeras golondrinas de la incipiente primavera volaban en círculo y rizaban el gorjeo. Se bajó la cremallera, desenfundó y evacuó copiosamente. Mientras regaba unas amapolas, extendió la vista por el ancho valle. A lo lejos, allá abajo, junto al mar, pendía, diminuta, una nube gris. Era la orla putrefacta de la ciudad.

Almorzó con el primo, bajo el emparrado, de cara al bosque. Mientras embadurnaba una tostada con mermelada, Manolo Hernández dejó resbalar la vista sobre el verde frondoso de la pinada. La vegetación espesa le dio una grata sensación de amparo.

— No siempre es fácil impartir justicia —arrancó el primo.

— ¿Qué?

— Mira, Manolo, no sé cómo explicártelo.

Creo que lo mejor será que te cuente un cuento; ya sabes, para que, a modo de metáfora, entiendas el caso —Hizo una pausa, tomó aire y soltó la historia de golpe—: Había un buen hombre que pecaba de la terquedad de intervenir en todo. Robaba con asiduidad a los nobles, y lo sustraído lo repartía entre los villanos. La primera vez que asaltó a los aristócratas, les robó las joyas y las monedas de oro. En la segunda acometida los forzó a despojarse de sus vestidos y partió con los candelabros de plata, las velas y los lampadarios. En el tercer asalto se quedó con sus armas, arrió los pendones y se apropió de los escudos heráldicos y los otros blasones. En el cuarto y último round desmontó el artesanado del castillo y cargó con las vigas y el mobiliario. Fue un saqueo brutal. De hecho, tras el expolio, los nobles se vieron forzados a dormir a la intemperie, y, cuando llovía, improvisaban techumbres con ramajes y buscaban cobijo arrimándose a los muros. Mientras tanto, la plebe, a base de acumular obsequios y dádivas, disfrutaba de una vida sin privaciones en urbanizaciones de lujo. Sus barrios se habían convertido en auténticos apartheids, donde las viviendas eran inteligentes y disponían de hilo musical, piscina, sauna e hidromasaje...

Manolo Hernández se quedó alucinado. Pero no por la historia, sino porque no le conocía a su primo aquella faceta de fabulador. Pensó que no lo hacía mal; aunque, la verdad: le fallaba la voz. Tenía una voz grave y desgarrada,

que pese a no servir para narrar historias, era óptima para llamar a las reses y aparear percherones.

— Sé perfectamente de lo que me hablas. Es una vieja historia

—dijo Manolo Hernández.

— No, es nueva; la acaba de publicar un célebre escritor catalán.

— Ah.

— A lo que voy...

— Sí —lo apremió Manolo Hernández—. ¡A ver si acabas de una vez! Que no sé adónde quieres ir a parar, y mejor sería que nos ahorrásemos los cuentos y soltases directamente la moraleja.

— Bueno, resumiendo: lo que pretendo decir es que la virtud está en el justo medio, y más cuando los extremos se tocan. Te lo ilustraré con otro ejemplo. Es un cuento...

— ¡Otro! —protestó Manolo Hernández.

— Es muy breve —sentenció el primo, que ya tomaba aire, preparado para explayarse—. Una famosa historia sajona cuenta que un hacendado discutió con uno de sus trabajadores. En el fragor de la disputa, el amo golpeó al empleado. El asunto fue llevado al Gran Mentor de la comarca, que era una especie de defensor del pueblo que terciaba en favor del desvalido... un pionero del sindicato, vamos. El Gran Mentor, después de escuchar a los dos hombres exponer sus quejas, dictaminó que el hombre rico daría dos gallinas al hombre pobre, como castigo por haberlo abofeteado brutalmente. Entonces, el hombre pobre se volvió hacia el Gran Mentor y le soltó un par de bofetones. El Gran Mentor, sorprendido, le preguntó que por qué hacía eso. El hombre pobre le contestó que por nada, que simplemente había sido un antojo, pero que no se preocupase; que cuando llegasen las gallinas, se las quedase.

Este cuento sí sorprendió a Manolo Hernández. Sobre todo por el inesperado final. Se quedó unos segundos considerando el sentido del desenlace. Era profundo, sin duda... Pero no acababa de comprender a qué venía aquella historia.

— ¿A qué vienen todas estas historias?

— Me han regalado un libro de cuentos.

Manolo Hernández se pasó la servilleta por los labios y se levantó de la mesa. Estrechó la mano del primo, echó una meada rápida y se introdujo en el auto. Arrancó el motor, metió primera y se despidió con dos toques de claxon.

Con la escopeta de caza y dos cartucheras en el maletero, el trayecto de vuelta se le antojó un camino de rosas. Había bajado las ventanillas para inhalar el aire fresco de la sierra, saturado de romero en flor. Aspiró con fuerza. Era un aroma agradable y envolvente, de una gran presencia. Recordó las palabras que le decía su abuela cuando de niño regaban los tiestos de hierbas aromáticas en el corral: “El aroma del romero en casa trae felicidad a la familia.” Y pensó que era verdad, que bastaba el olor del romero para hacerlo feliz.

Sentados en la acera de enfrente del banco, los punkis se pasaban el cubalitró. Manolo Hernández sonrió. Sabía que no le fallarían. Miró a su alrededor. Se llevó una grata sorpresa. Los okupas no defraudaban a la hora de convocar a los sectores marginales. Una bandada de yonkis ansiosos merodeaba por la calle. Cinco subsaharianos se mantenían expectantes tras las topmantas. Un grupo de peruanos escrutaba el panorama al son de las bandurrias y las flautas de caña. Y, finalmente, dos prostitutas cincuentonas y un travesti con el ojo derecho amoratado parloteaban junto a la puerta de la sucursal.

Manolo Hernández reconoció de un vistazo a todos los dropouts. Pero nadie pudo reconocerlo a él; porque escondía su identidad tras unas gafas de sol Ray Ban, un pasamontañas negro y un sombrero de ala ancha. Completaban su indumentaria unas botas de cowboy, unos Levi's 501 y una gabardina. Debajo de la gabardina, cruzadas sobre el pecho, llevaba las dos cananas. Y sujetos a los muslos, colgaban el rifle de balines y la escopeta de perdigones. Estos últimos complementos eran, sin duda, lo más incómodo de la vestimenta. A falta de fundas, había atado unos cordones alrededor de sus piernas para sujetar las armas. El problema era que había ceñido demasiado las ligaduras y la piel empezaba a escocerle.

A las dos y catorce entró en la sucursal. Cruzó la antecámara y empujó la puerta interior. No cedió. Una luz roja en el marco indicaba que el dispositivo de seguridad bloqueaba el acceso. Se dio la vuelta. Una mujer con bata blanca abría la puerta exterior. Cuando se cerró la puerta exterior, se apagó la luz roja y se encendió la verde. Manolo Hernández entró, y la mujer de la bata blanca se coló detrás de él.

En el banco sólo había dos empleados en las ventanillas. En una de ellas reconoció a Vicente Marqués, su ex compañero. En otra, ocupando el que hasta hacía un mes había sido su puesto, se acomodaba un chico joven con el pelo tintado. Aparte de los dos empleados y de la mujer de la bata blanca, tan sólo vio a... ¡un guardia civil! Cuando Manolo Hernández irrumpió en el banco, todos se quedaron examinándolo perplejos, a excepción del guardia civil, que, de cara a una ventanilla, vituperaba a Vicente Marqués.

Manolo Hernández pasó a la acción. Con una mano se quitó el sombrero. Con la otra, intentó sacarse el pasamontañas. Pero la tela se le pegó a la cara. Dio un par de tirones. Nada. No se deslizaba. Metió los dedos por debajo, agarró el paño por la parte inferior e hizo presión hacia fuera para salvar el obstáculo de la nariz. Forcejeaba en vano. Era una prenda de muy mala calidad: áspera y poco flexible. Tuvo que emplearse a fondo. Dobló el cuerpo, asió el pasamontañas con ambas manos y dio un tirón con todas sus fuerzas. La tela se escurrió poco a poco, raspándole a su paso las mejillas y la frente. Al fin quedó libre. Manolo Hernández tiró el pasamontañas al suelo y lo pateó. Estaba sofocado. Tenía el pelo revuelto y jadeaba.

Trató de recomponer su figura. Se volvió a ajustar el sombrero y miró con desafío a los presentes. Sonrió y se desabrochó la gabardina. Ocho botones. Al encarar los botones, pensó que si hubiese una próxima vez, llevaría cierre de

cremallera. Pensó también que no volvería a comprar pasamontañas a un euro en los bazares chinos. Después estiró de los nudos corredizos y las ligaduras de los muslos se deshicieron. Empuñando el rifle y la escopeta, dio la orden lentamente, paladeando cada palabra.

— ¡Manos arriba! ¡Esto es un atraco! Todos alzaron los brazos, menos el guardia civil, que seguía vociferando y haciendo aspavientos de cara a una ventanilla. El empleado tuvo que advertirlo gestualmente. Cuando el picoletto se giró, se quedó estupefacto.

— ¡Me cago en la leche! ¡Si es Mediabarba!

## Capítulo 2

### 1

Baldomero Cabrales siempre tuvo vocación de guardia civil. Ya de niño prefería los juegos de soldaditos, y para los Reyes Magos pedía pistolas de fulminantes. En la escuela, cuando tocaban la flauta dulce en la clase de Música, en lugar de Mi Amigo Félix y Noche de Paz, improvisaba el Himno de España y el Cara al Sol. A los trece años se compró su primera corneta y se inscribió en la banda municipal, pero abandonó en el primer ensayo al comprobar que sus compañeros se negaban a interpretar marchas militares.

El día que ingresó en el Cuerpo fue el más feliz de su vida. Llevaba el uniforme recién planchado, gafas de sol con cristales oscuros y el bigote pulcramente recortado. Juró fidelidad a la patria y besó el escudo de la bandera. A partir de entonces, toda su existencia orbitó en torno a la Benemérita.

Era tal su vocación, que su mente no podía pensar en otra cosa. De día y de noche. En la vigilia se sacrificaba por cumplir con su responsabilidad civil, y no dudaba en ofrecerse para horas extras o dobles turnos. Cuando dormía, el universo de los picoletos configuraba la imaginaria de su mundo onírico. Así, en sus más dulces sueños, presidía desfiles militares con un uniforme rebosante de estrellas y galones al son de la trompetería. Y en sus peores pesadillas, pasaba las noches a la caza de peligrosos delincuentes, los cuales siempre se las ingeniaban para robarle el tricornio.

### 2

Desde hacía años, cuando acababa el servicio, iba a darse un chapuzón con los compañeros del Cuerpo. Estaban abonados a la piscina municipal. Era una piscina olímpica climatizada (cincuenta metros, ocho carriles, fosos de saltos y trampolines a altura homologada).

En un principio se dedicó a nadar largos en estilo libre. Pero un día en que los guardias civiles estaban especialmente eufóricos tras una difícil detención, a título de broma, empezó a lanzarse de los trampolines, precipitándose cada vez desde más alto.

Y el caso es que Baldomero Cabrales le cogió el gusto al vuelo de altura y, poco después, ya realizaba sus primeros mortales con entrada limpia desde el trampolín de diez metros. Todo fue muy rápido. Mejoró la técnica en unos días y acabó convirtiéndose en el mejor saltador de la piscina.

Subía las escaleras decidido, avanzaba con paso resuelto hasta el borde del trampolín, se alisaba el mostacho y se dejaba caer contorsionándose en complicadas piruetas. Entraba en el agua como una daga, sin apenas salpicar, y arrancaba los aplausos de los presentes. Pronto creció su fama y empezó a ganarse cierto público. Las nuevas llegaron a oídos de los profesionales y un día se personó el seleccionador nacional, al cual le bastó con presenciar media docena de saltos para ofrecerle un puesto en el equipo olímpico. Pero Baldomero Cabrales rechazó la oferta; porque unos juegos olímpicos le hubiesen hecho perder demasiados días de patrulla y porque —y esto lo apuntó indignado— él, como buen español, nunca se dejaría depilar el vello del pecho.

Y no se equivocaba en este punto el guardia civil, porque, en caso de participar en una competición oficial, no hubiese tenido que depilarse tan sólo el pecho, sino también las extremidades, los hombros y los lomos, ya que el cuerpo lo tenía cubierto de parches de vello hirsuto. Este exceso de vello provocaba un contraste extremo con la elegancia de los volatines del picoleto; aunque para Baldomero Cabrales, su cuerpo peludo no era ninguna afrenta, y cuando sus amigos bromeaban sobre su aspecto simiesco, él siempre salía con las mismas: “peludos son también los huevos del toro español.”

Una vez más Baldomero Cabrales preparaba el salto. El público reunido en las gradas de la piscina municipal guardaba silencio y miraba hacia arriba, expectante. Sobre el trampolín, el guardia civil mostraba el gesto severo de la máxima concentración. Sus ojos sondeaban la vertical de la caída. En su bigote perlaban dos gotitas de agua.

Se alisó el mostacho, abrió los brazos y se precipitó al vacío. Hizo un doble mortal espléndido, pero la entrada fue desafortunada. Ladeó un poco la cabeza y la oreja izquierda se llevó el impacto. Fue como un bofetón seco del agua que le produjo un pitido doloroso. Se acababa de reventar el tímpano.

### 3

La segunda parte de la tragedia se consumó en los campos militares. Baldomero Cabrales siempre se negó a usar cualquier tipo de protección. No se colocaba tapones en las galerías de tiro. Ni tampoco el casco cuando procedían a las detonaciones en las maniobras. Afirmaba que taparse las orejas era de maricones, y hacía el símil con los afeminados que se protegen del frío invernal con orejeras.

Sus compañeros le advertían de su temeridad, pero él nunca se dejó persuadir. Y de tanto retumbe de culata y estampido de disparo, poco a poco fue perdiendo oído y acabó más sordo que una tapia.

Sin embargo, el picoleto no se quiso resignar a su suerte e intentó por todos

los medios disimular su sordera. Era consciente de que si informaba a sus superiores lo apartarían del Cuerpo, así que optó por ocultar su minusvalía. Pensaba que no sería tan difícil; que si seguía cumpliendo con su deber, nadie se daría cuenta. Sus reflexiones eran elementales. Si habían existido grandes compositores de música clásica que dirigieron orquestas sinfónicas cuando perdieron el sentido del oído, a buen seguro que un comandante sordo se podía encargar de una patrulla de guardias civiles. Al fin y al cabo, no se trataba de recibir, sino de dar órdenes. Era una cuestión de saber liderar, coordinar y dirigir. En una palabra: llevar la batuta.

Ya se imaginaba nuestro Baldomero el nuevo Beethoven de la Benemérita. Y, la verdad, no andaba errado el picoletto, porque el destino, de algún modo, también le tenía reservada la gloria.

Pero el comandante no sabía leer los labios y cualquier probatura de comunicación resultaba un fracaso. Era un secreto a voces, que se revelaba una vez tras otra. En los desfiles militares, ya no entonaba con fuerza el Himno de España; tan sólo se atrevía a tararear, y se notaba que perdía el compás. Cuando había cánticos en las manifestaciones, siempre preguntaba qué vociferaba la multitud. Y cuando se le encomendaba una misión, ante el enigma del encargo incomprensible, confiaba la suerte a su intuición.

Acabó actuando arbitrariamente. Inmovilizaba vehículos en cualquier parte, realizaba cacheos sin justificación alguna y detenía a la gente a voleo.

#### 4

Resolvió visitar al médico.

En la clínica lo atendió una doctora muy cordial, que le repitió mil veces que el otorrinolaringólogo no tenía consulta aquel día. Baldomero Cabrales insistió. Dijo que era una urgencia. La médico procedió a un reconocimiento elemental. Le hizo un par de pruebas de audición, tras las cuales le recomendó que se comprara un audífono. El guardia civil se marchó indignado.

En la segunda visita sí estaba el especialista, que le hizo un TAC.

En la tercera visita, la misma médico que lo había atendido en la primera visita, tomó papel y bolígrafo y, por escrito, le comunicó que el TAC demostraba que sus oídos internos, medios y externos disfrutaban de una salud envidiable. Baldomero Cabrales apuntó que arrastraba un reventón de tímpano. La médico señaló con el índice la pantalla del ordenador. La visualización, al guardia civil, le pareció un pintarrajo. Hizo un gesto de desconcierto. La doctora volvió a escribir, con letra clara y redondeada, que todos los huesecillos estaban en perfecto estado. Al leer el apunte, el comandante se sulfuró y exigió tratar con el especialista. La acusó de incompetente y dijo:

— Las mujeres no tenéis ni puta idea.

La facultativa le replicó muy enfadada:

— ¡A ver si se cree que me voy a amedrentar por el uniforme! Baldomero Cabrales no entendió el reproche, pero por el gesto de cabreo de la médico,

intuyó el desaire. El picoletto, que no soportaba que le chuleasen, montó en cólera y la amenazó.

— No me toques las pelotas...

La médico, en un arrebato, cogió otra hoja de papel y garabateó unas palabras en mayúscula. Montó el folio en las narices del guardia civil: “Sufre una sordera psicológica. Aquí no podemos ayudarle. Vaya al psiquiatra.”

## 5

Empezó a documentarse sobre enfermedades mentales, traumas psíquicos, complejos inconscientes y lesiones autoinfligidas. Especialmente extraordinario le pareció aquello del placebo y el poder de sugestión. Nunca hubiese imaginado que los médicos podían llegar a recetar preparados farmacéuticos desprovistos de principios activos. Y todo para hacer creer al paciente que seguía un tratamiento. Se informó también sobre el estrés y la depresión. Y se asombró de que los trastornos mentales repercutiesen sobre el cuerpo causando parálisis y minusvalías.

A pesar de todo, de poco le sirvieron al guardia civil las lecturas sobre medicina y psiquiatría. Era obvio que su caso en concreto no acababa de encajar en los distintos cuadros médicos. Él se consideraba una persona limpia de alma. Al margen del trauma y el complejo. Un hombre recto y bienintencionado. Un ciudadano ejemplar que se realizaba en la Benemérita. Y nada de estrés y depresión. A él, la responsabilidad y el deber le hacían sentirse afortunado. Su vida había ido a más y su dicha aumentaba a medida que lo ascendían. Ahora que disfrutaba de la comandancia de un cuerpo móvil, su trabajo le reportaba una felicidad extrema.

Perdida la fe en la medicina convencional, decidió informarse sobre técnicas alternativas para sanar el cuerpo y la mente.

De entrada, descartó la magia y el chamanismo. Pasaba de gurús, quiromantes, médiums y curanderos. A los ojos del picoletto, aquellos vendedores de ilusiones no eran más que una sarta de timadores de poca monta. Así se lo había demostrado su larga experiencia al servicio del Cuerpo. Habían llegado a comisaría mil historias tenebrosas de vudús vengativos, rituales invocadores, espiritismos de tabla ouija y sesiones de ayahuasca. Al final, todos aquellos embrollos santeros siempre resultaban ser cuentos chinos de viudas esquizofrénicas, inmigrantes subsaharianos y estafadores sudacas. Menos descabellado le parecía el tema de la acupuntura, pero le costaba hacerse a la idea de que para buscarle puntos energéticos le tuviesen que embastar el cuerpo.

Finalmente, optó por aquello de las técnicas de relajación orientales, porque salían más a cuenta y, sobre todo, porque nadie le pondría la mano encima.

Comenzó con el yoga. Se compró un manual y una alfombrilla. Empezó por las asanas elementales. Pero al acabar el primer Saludo al Sol, se quedó con la sensación de que aquellos estiramientos y contorsiones no eran más que un sucedáneo de flexiones y dominadas para gays y maricones.

## 6

La gota que colmó el vaso llegó el día en que la patrulla que comandaba Baldomero Cabrales acudió a una finca en la playa, donde se había producido la ocupación más radical conocida hasta el momento. Hordas de desheredados habían tomado un edificio y lo habían saqueado. Después, a base de agujerear tabiques y perforar techos, habían convertido la finca en una madriguera de comadreas.

Cuando subieron las escaleras de la tercera y cuarta planta, Baldomero Cabrales no escuchó ni el golpear de las mazas ni el derrumbe de los tabiques. Como las puertas estaban cerradas, no apreció irregularidad alguna, por lo que instó a sus inferiores a que iniciaran el reconocimiento desde el sexto piso. Los siete guardias civiles que lo seguían no daban crédito a sus oídos, pero conociendo el carácter obstinado del comandante, por la cuenta que les traía, optaron por no contradecirlo.

Al llegar al sexto piso, dio la orden de forzar los cerrojos. En el sexto primera encontraron a un par de abuelos, escondidos en un armario de pared. Sus cuerpos encorvados temblaban de miedo. Sus caras estaban petrificadas en una mueca de pavor. Los guardias civiles intentaron calmarlos. Fue imposible. Los ancianos no reaccionaban. Se encontraban en estado de shock.

Entonces, para sorpresa de todos, Baldomero Cabrales ordenó que esposaran a los ancianos. Según el comandante, el estupor de los abuelacos no era más que una treta disuasoria; y la parálisis de los músculos faciales, un truco de delincuente experto. De lo contrario, ¿por qué se escondían los bellacos?

El comandante apremió a sus inferiores. Urgía actuar con diligencia y llevar a los detenidos a comisaría para proceder al interrogatorio cuanto antes. Sospechaba —añadió— que había muchos más malhechores involucrados en todo aquello. Los otros guardias civiles intentaron corregirle: no podía detener a aquellos pobres ancianos. Pero Baldomero Cabrales no atendió a razones, entre otras cosas, porque no podía oírlas. Sus compañeros insistieron y el superior acabó airado, zarandeando a un cabo.

## 7

El día en que le dieron de baja se hundió. Se descompuso delante de altos cargos y lloró como un niño. Mezcló el llanto con el ataque de cólera. Ahora pataleaba en una rabieta, ahora se revolvía enfurecido para escupir sapos y culebras contra célebres militares.

Tardó un buen rato en recuperar la compostura. Al final, entre sollozos, rogó que, por lo menos, le dejaran conservar la pistola, a modo de recuerdo. No pudo ser, pero hicieron una concesión con la porra.

A pesar de estar oficialmente fuera del Cuerpo, siguió vistiendo de uniforme. Este hecho no constituía ningún acto de rebeldía, sino una simple declaración de principios. No estaba dispuesto a abandonar. Se había propuesto resolver el caso y lo conseguiría. El problema era que sin la salvaguardia de su cargo,

resultaba mucho más difícil ponerse en marcha. Antes disponía de un cuerpo móvil: un séquito eficaz que no dudaba en cumplir sus órdenes. El ex comandante maldijo su soledad ¿Por qué le habían dado de baja?

Al recordar la forma en que le habían dado de baja, sintió vergüenza. Aquello había sido una destitución en toda regla. Lo habían degradado. Y le dolía en el alma. Porque para Baldomero Cabrales, cuando un alto cargo de la Guardia Civil era apartado del Cuerpo, no existían eufemismos como la jubilación anticipada o la baja por minusvalía; un comandante que no se retirase con méritos militares siempre sería un desertor, un traidor, un apátrida...

Suspiró e intentó no dejarse vencer por el desánimo. No era el momento de venirse abajo. Al contrario: ahora más que nunca había que sacar fuerzas de flaqueza. Tenía que idear un plan para capturar al delincuente. Tenía que realizar una detención heroica. Si lo lograba, mataría dos pájaros de un tiro: se resarciría de la humillación y sería condecorado. El ex guardia civil no se atrevía a plantárselo abiertamente, pero aún mantenía vivas las esperanzas de recuperar el puesto.

Empezó a realizar pesquisas por su cuenta. Por el momento tan sólo sabía lo que había salido en los periódicos. En todos ellos, el delincuente llenaba las portadas. Su retrato aparecía en sobrepresión, con su estafalario afeitado. Y parecía que la prensa se había puesto de acuerdo a la hora de bautizarlo, porque en todos los titulares aparecía con el nombre de Mediabarba. Se decía también que era un empleado del Banco de España, donde había incurrido en un espectacular desfalco antes de darse a la fuga.

Después, aquel peculiar personaje, al parecer, había repartido el botín entre mendigos y pedigüños. Algunos periódicos reconocían que era un caso insólito y, al noticiar el suceso, utilizaban palabras como aventura o peripecia. El diario de la oposición, con cierta prevención, llegaba incluso a simpatizar con el delincuente. Por otra parte, la prensa sensacionalista, manteniéndose fiel a su espíritu populachero, presentaba el retrato de Mediabarba retocada con Photoshop. Le habían colocado un sombrero verde con pluma y una aljaba colmada de flechas sobresalía por detrás de su hombro izquierdo. Sobre la foto se leía: “Robin Hood sigue vivo.”

Aquella noche, Baldomero Cabrales repasó hasta altas horas de la madrugada todos los artículos de prensa una y otra vez. Con los ojos enrojecidos, cuando la claridad del alba se insinuaba entre los listones de la persiana, dobló el último periódico y lo dejó sobre la mesita de noche. Apagó el flexo, se arrebujó en la manta de artículos militares y susurró un Padre Nuestro.

## 8

Soñó que el Papa se calzaba el tricornio.

Era en la plaza de San Pedro. El Sumo Pontífice avanzaba sobre el Papamóvil entre una multitud que lo aclamaba. Baldomero Cabrales, con dificultad, intentaba abrirse espacio entre el numeroso público para acercarse al Papa. Llevaba en su mano un tricornio, con el que quería obsequiar al Pastor

Universal. Sin embargo, progresar era imposible. La gente parecía enloquecida. La visión del Padre Santo cerniéndose magnánimo sobre el gentío extasiaba a los fieles. Unos gritaban, otros lloraban y muchos perdían el conocimiento. De repente, el comandante —en su sueño no lo habían destituido—, detectó un hueco en la aglomeración y pudo acercarse al Papamóvil. Ya se disponía a abordar al Papa, cuando un carabinero le cerró el paso. Baldomero Cabrales intentó apartarlo, pero el carabinero le propinó un puñetazo. El guardia civil ni siquiera notó el golpe, pero se detuvo para observar a su adversario. El carabinero llevaba una gorra de plato en la mano libre. Baldomero Cabrales adivinó sus intenciones: pretendía regalarle la gorra al Papa. El comandante dio un rápido vistazo a su alrededor y se sorprendió al comprobar que estaba rodeado de personajes estrafalarios. Era increíble: todos, en la mano derecha, llevaban un tocado. Había un hombre vestido de frac que sujetaba un sombrero de copa, un soldado de infantería inglés que sostenía su busby, un marine con gorra, una mujer con pamelas, un motorista con casco, un torero con montera, un labrador con boina, un mago con chistera, una monja con cofia, un hombre bala con chichonera... Y todos porfiaban por coronar al Vicario de Cristo con su tocado particular. Todos intentaban adelantarse, ganar posiciones, llegar a primera fila. El guardia civil empezó a meter empujones. Se le fue la mano y soltó un par de bofetones.

Pero no era suficiente. La competencia era dura. Tuvo que emplearse con violencia. Repartió golpes a diestro y siniestro. Puñetazos, codazos, patadas voladoras. Luchó ferozmente, venció a sus rivales y consiguió plantarse delante del Papamóvil. Al fin, el séquito del Sumo Pontífice se detuvo ante Baldomero Cabrales, y el Papa, cordial, hizo el signo de la cruz. El guardia civil dio dos pasos al frente y le alargó el tricornio. El Papa lo tomó con la mano derecha y lo observó fascinado. Después lo asió con ambas manos, lo levantó por encima de su cabeza y lo consagró. Los fieles de la plaza se arrodillaron. Entonces, llegó el momento del clímax: el Papa se dispuso a ponerse el tricornio. Se lo acercó a la cabeza lentamente y, con mucha delicadeza, se lo caló sobre el solideo. El Papa esbozó una sonrisa y dijo:

— Umbram tricornus diligo.

La muchedumbre explotó en vítores y aplausos. Cuando acabó la ovación, Baldomero Cabrales palmeó la espalda del hombre que tenía al lado. El hombre se dio la vuelta. Era el carabinero de la gorra de plato.

— ¿Qué ha dicho el Papa? —preguntó el guardia civil.

— Ha dicho que le gusta —contestó el carabinero.

— ¿Que le gusta qué?

— La sombra del tricornio.

## 9

Se despertó con la sensación de que aquel sueño había sido demasiado corto. Se duchó, desayunó y bajó a comprar la prensa. Mediabarba era portada por

segundo día consecutivo. Repasó las noticias. Nada. Todo sensacionalismo barato. Tampoco esperaba otra cosa. Una vez más, la prensa, para no entorpecer las investigaciones policiales, sólo revelaba información superficial, simples anécdotas, circunstancias poco comprometedoras.

Barajó distintas opciones y alcanzó una conclusión: lo mejor era echar mano de sus amistades en el Cuerpo. Era la única forma de estar al corriente del curso real de la investigación policial.

Descolgó el teléfono y marcó el número del general Segismundo Aparicio, un amigo de confianza. Al colocarse el auricular en la oreja, no escuchó la señal de la línea. Se dio cuenta de su ingenuidad y colgó enrabiado.

## 10

En El Corte Inglés, en lugar de preguntar a un dependiente, consultó a un seguridad.

— Necesito un aparato telefónico que amplifique mucho el volumen de la conferencia. El seguridad lo miró extrañado y llamó a un joven dependiente. El joven dependiente se dispuso a exponer las distintas opciones al ex guardia civil. Pero a mitad de la explicación se percató de que el cliente estaba sordo. Con un gesto, el dependiente le indicó que esperase, y se marchó.

Regresó en cinco minutos. Traía tres estuches. Se los mostró. Al descubrir que los estuches contenían audífonos, Baldomero Cabrales se indignó y agarró al dependiente por las solapas.

— ¡No me voy a colocar pinganillos! El dependiente levantó las manos a la altura del pecho. Le pedía tranquilidad. El ex guardia civil entendió el gesto y se relajó. Después, el dependiente apuntó con el índice a los pies de Baldomero Cabrales: le estaba diciendo que no se moviese de allí. El dependiente se marchó de nuevo.

Regresó en diez minutos. Esta vez traía un teléfono con salida de manos libres, un cable y un amplificador Marshall de quince pulgadas.

## 11

Llamó al general Segismundo Aparicio. A pesar de que el sonido de la línea salía amplificado por 150 vatios, cuando le contestaron tan sólo escuchó una voz distante. — ¡Coño, Segis, habla más alto!

Segismundo Aparicio le comunicó que, al parecer, estos últimos días Robin Hood había huido a ocultarse en el bosque. De camino, había repostado en una gasolinera de la sierra. También tenían constancia de que unos días antes, en una tienda de electrónica, había comprado una alargadera de cable telefónico y, en una armería, un rifle de balines. Su coche había sido localizado en una calle del centro, pero de eso ya hacía más de veinte horas. Éstas eran todas las averiguaciones que habían logrado realizar.

Mediabarba era astuto —dijo el general— y era difícil dar con su paradero. Si

hasta ahora le habían podido seguir la pista, era sólo porque había descuidado un detalle: pagaba con tarjeta de crédito. De momento —añadió Segismundo Aparicio—, la información de que disponían les había permitido deducir tres cosas. Primero:

Mediabarba se desplazaba en un vehículo que no era el suyo. Segundo: había escapado a la sierra, donde, además de ocultarse, pensaba cazar. Y tercero: no importaba dónde se hubiese refugiado; iba a continuar activo, porque estaba bien comunicado. Baldomero Cabrales preguntó que cómo podía asegurar aquello de que Mediabarba estaba bien comunicado.

Al otro lado de la línea el general soltó unas risitas, se aclaró la voz y contestó: “porque ha comprado un alargadera de cable telefónico.”

Baldomero Cabrales preguntó por el plan de acción, y Segismundo Aparicio dijo que la policía secreta había interrogado a los mendigos de la Plaza Real, aunque sin resultados, porque todos aseguraban que desde hacía unos días habían perdido de vista a Mediabarba. En cuanto a los punkis, que supuestamente eran los parias predilectos del delincuente, cuando se vieron en el punto de mira, desaparecieron del mapa. Por otra parte, se habían movilizado las distintas unidades de los pueblos de la sierra, que estaban peinando los alrededores, sobre todo los cotos de caza. Y, en cada esquina, colgaba un retrato del delincuente con media barba afeitada. —Aquí el general hizo una pausa. Al continuar, su voz adquirió una mayor seriedad—. La comarca entera estaba en vilo ante la inminente aparición del fugitivo más escurridizo desde el Lute. El delincuente causaba expectación y, a veces, también simpatía y admiración. La cosa empezaba a ser preocupante. Tenían testimonios de que algunos paisanos habían llegado incluso a afirmar que se prestarían a ofrecer guarida al forajido. Mediabarba se estaba convirtiendo en un personaje carismático y gustaba a los media. Tenían que cazarlo pronto. La reputación de la policía estaba en entredicho. Por eso, si no lo capturaban en las próximas horas, enviarían cuerpos especiales en su búsqueda. Con todo —acabó el general—, estaba convencido de que su detención era una simple cuestión de tiempo. El cerco se estrechaba. No podía andar muy lejos. Todos los indicios apuntaban a que acabarían dando con él en algún barranco, donde esperaban encontrarlo apostado tras un risco, con la culata contra el hombro, oteando el bosque bajo, con la intención de acribillar a balinazos a lirones y musarañas.

Baldomero Cabrales no se quedó nada satisfecho con el informe. Tenía la corazonada de que un delincuente de ese calibre no se retira a la sierra para explayarse en una vida disipada. Quizás sí —pensó el ex guardia civil—, la cabra tire pal monte, pero sus años de experiencia le decían que quien una vez fue ladrón, reincide si hay ocasión.

## 12

Hincó las rodillas en el reclinatorio y se santiguó devotamente. En el silencio de la capilla sólo se escuchaba el resuello de su respiración y el chisporroteo de las velas. Sus labios empezaron a agitarse por el temblor de un rezo. Con las manos cruzadas sobre el pecho, oprimiendo el tricornio, agradecía los años

de felicidad en el Cuerpo y rogaba a la Virgen del Pilar que no lo desamparase en su última captura. Ante la belleza de la Santísima, apenas pudo reprimir un estremecimiento. En el fondo de sus ojos oscuros brillaba la llama de un fanatismo trágico y sombrío.

Desde el coro resonó el canto latino de los clérigos. Baldomero Cabrales no lo escuchó, pero experimentó igualmente una beatitud extrema y tuvo la certeza de que se le concedía una gracia. Se santiguó de nuevo, se puso en pie y salió de la capilla.

En los confesionarios, mujeres enlutadas susurraban su lánguido monólogo. En los bancos, los feligreses más tempraneros siseaban el murmullo de la oración. El incienso humeaba en los botafumeiros y saturaba el aire de leyenda milagrosa.

Se cruzó con el obispo en el deambulatorio. Llevaba el eclesiástico las manos enlazadas detrás de la espalda y su calva relucía con una intensidad marmórea.

Baldomero Cabrales hizo una solemne reverencia y besó la mano del ilustre prelado. Eran años de íntima amistad. El ex comandante confesó brevemente sus inquietudes y su plan de acción; el obispo asintió impasible y no dudó en concederle la bendición. Abandonó la catedral con una reconfortante sensación. Le pasaba siempre que iba a un templo cristiano. No importaba que fuese una ermita, una basílica o un santuario. El ambiente eclesiástico lo relajaba.

Se dio la vuelta y contempló la fachada gótica de la catedral. Si no hubiese podido ser guardia civil —pensó—, hubiera hecho los votos de pobreza, castidad y obediencia. Por un segundo se imaginó cargado de evangélicas virtudes, depositando su papeleta en el cónclave, acariciando la esperanza de proclamarse Príncipe de la Iglesia... y de sus pensamientos derivó una grata complacencia.

No era la primera vez que Baldomero Cabrales se deleitaba con la evocación de una vida clerical. De hecho, veneraba a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana tanto o más que al Cuerpo de la Guardia Civil. Y, puestos a elegir, le resultaba difícil establecer un orden de preferencias entre los honores de la guerra y la beatificación, entre los himnos militares y los cantos benedictinos, entre los desfiles del ejército y las procesiones de Semana Santa, entre las marchas de las milicias y las romerías. En este aspecto, tan sólo una cosa tenía clara: que prefería el sombrero de tres picos al bonete cuadrangular y que nunca cambiaría el tricornio por el capelo cardenalicio.

Se imaginó, por un momento, llevando una sotana y un tricornio. Y esbozó una sonrisa. Era un nuevo concepto de capellán castrense, la síntesis más evolucionada de la patria. El ex picoleto besó el crucifijo de oro que pendía de su cuello y se dio al placer especulativo de barajar todas las posibilidades del tricorniaco sotanón.

Provisto de libreta y bolígrafo, se echó a la calle dispuesto a resolver el caso. Primero fue a la Plaza Real, pero no encontró a ningún punki. Callejó por el barrio y rastreó tugurios y antros: no vio ni una sola cresta. A falta de okupas, resolvió inquirir a mendigos y pordioseros; pero con el uniforme de la Guardia Civil como carta de presentación, ganarse la simpatía de los marginados resulta hartamente complicado. Las probabilidades de éxito se reducen aún más si se espera que los miserables contesten por escrito, porque entonces, a ojos del pedigüeño, la respuesta toma la categoría de declaración jurada. Finalmente, y por encima de todo, existía un tercer imponderable que anulaba cualquier expectativa de viabilidad: el ex comandante preguntaba por un hombre con media barba rasurada; ahí es nada, por Mediabarba, el nuevo genio y figura de la gente del hampa, el blasón de los desheredados.

Le respondieron, en el mejor de los casos, con señas equívocas y paraderos inverosímiles; y, en el peor, con procacidades irreverentes contra su persona y el Cuerpo. Con los pies reventados de tanto andar arriba y abajo y la paciencia definitivamente agotada, el ex guardia civil perdió los nervios cuando interrogó a un transexual; acababa de topar con el travesti más famoso de la ciudad: la Faraona.

Baldomero Cabrales le preguntó por un hombre con media barba afeitada. La Faraona le contestó que en la ciudad había muchos hombres con media barba afeitada, que aquello ya era una nueva moda. El ex guardia civil no se tomó a bien la respuesta, pero se sorprendió gratamente al comprobar que era capaz de leer los labios del transexual, porque se movían más despacio. (Poco se imaginaba el ex comandante que aquel hablar claro era el fruto de años de esfuerzo investigando en el campo de la pronunciación sensual.) Enojado, Baldomero Cabrales volvió a la carga. Blandió el índice amenazador y le dijo que ya podía soltar la lengua si no quería que le tocasen la cara. La Faraona le contestó que con mucho gusto se soltaría la lengua y le relamería el bigote, y que, mejor que la cara, que le tocara la entrepierna. El ex picoleto fue víctima de un repentino ataque de ira. El primer acto reflejo fue un directo al ojo derecho del transexual, que reculó despedido, acomodó mal el tacón y rodó por el suelo. Baldomero Cabrales lo cogió de los pelos para levantarlo. Pero se quedó con la cabellera de la Faraona en la mano. Era una peluca. Lo agarró del cuello y le juró que lo mataría de una paliza si no confesaba. La Faraona, con la cara desencajada por el puñetazo, tardó en recomponer el gesto. Cuando recuperó la voz, movió los labios en un susurro erótico:

— Está bien, te lo confesaré: me gusta que me peguen.

## 14

Se le hacía tarde. Consultó el reloj. El segundero no avanzaba. Sobre el escudo del águila, las agujas se habían detenido señalando las doce y cinco. Sacudió la muñeca. Nada. Pensó que algún día debería ir al relojero. Pensó también que nunca se compraría un reloj digital. Era una cuestión de orgullo. Odiaba el

esnobismo tecnológico de los yanquis. Los relojes-cronómetro-termómetro-barómetro-despertador-linterna-calculadora le tocaban los...

— ¡Americonadas! —exclamó para sus adentros.

De camino al banco se cruzó con un adolescente en monopatín. Le preguntó la hora. El adolescente derrapó, se sacó el móvil de un bolsillo lateral del pantalón, le lanzó un vistazo furtivo y contestó: las dos y tres. El ex guardia civil hizo un gesto de contrariedad. El adolescente le mostró la pantalla del móvil. Baldomero Cabrales notó algo raro en el rostro del chaval. Lo examinó más detenidamente y advirtió que aquella cara, aún medio imberbe, sólo lucía pelillos en la mejilla izquierda.

Entró en el banco y se dirigió a una ventanilla. Preguntó por Mediabarba. Un empleado con el pelo tintado le dijo que Mediabarba ya no trabajaba en aquella sucursal. El ex guardia civil ladeó la cabeza y acercó la oreja al cristal de seguridad. El empleado le repitió la respuesta, levantando la voz. Pero a Baldomero Cabrales sólo le llegó un siseo inaudible. El ex guardia civil sacó un bolígrafo y una libretilla de un bolsillo del uniforme, los deslizó por debajo de la ventanilla y le pidió al empleado que escribiese lo que había dicho. El empleado se extrañó y le preguntó que por qué tenía que escribir lo que decía. Baldomero Cabrales se irritó y amenazó al empleado. El chico exhaló otra queja y el ex picoletto ya no pudo aguantar más:

— ¡Me cago en la leche, pero es que no ves que estoy sordo! —exclamó y, al instante, se arrepintió de lo dicho. Era la primera vez que reconocía su discapacidad y le hizo daño.

El empleado se quedó pasmado. Negó con la cabeza y se le descolgó la mandíbula. El labio inferior le temblaba en un tic nervioso. El ex comandante se asombró de que su minusvalía causara tanta turbación. El empleado señaló con el índice hacia la puerta de entrada. Después, levantó las manos.

Afianzado sobre unas botas de cowboy, enfundado en una gabardina y coronado con un sombrero de ala ancha, un hombre empuñaba, con los brazos abiertos en cruz, un fusil y una escopeta. Las armas prolongaban sus brazos, componiendo una extraña figura. El insólito atracador mantenía las piernas abiertas y las rodillas flexionadas para no perder el equilibrio. Y giraba la cabeza de un lado al otro, mostrando ahora un perfil barbudo, ahora otro pulcramente afeitado.

## Capítulo 3

### 1

Una vez más la Doctora Ana Díaz vibraba cuando la diligencia era perseguida por los asaltadores. Era una sensación intensa, que experimentaba siempre que ponía uno de aquellos westerns...

Un primer plano mostraba el gesto seguro de John Wayne. Estaba pletórico, en su madurez más cautivadora. Con su boca descentrada, ladeaba la sonrisa

y lanzaba la infalible mirada de sus ojos claros. El actor disfrutaba de los momentos más dulces de su carrera. El rostritorcido había aprendido a sacar el mejor partido de su encanto.

Retenida por el magnetismo de aquella seductora asimetría, la Doctora Ana Díaz maldecía la vulgaridad de los hombres de su tiempo.

Apartó la vista del televisor y reparó en el enfermero, adormecido en el otro sillón del salón. Roncaba con resoplidos de locomotora. A cada respiración, sus gruñidos entrecortados subían y bajaban el tórax con estertores de bestia malherida...

La médico lamentó que no quedasen hombres como los de antes. Ella era consciente de que eran malos tiempos y que todo había cambiado a peor. Pero era sólo ahora, al contemplar los grotescos espasmos del enfermero, cuando se daba cuenta de que habíamos entrado definitivamente en la era oscura del sexo feo y que asistíamos impasibles a la debacle del varón clásico.

Los hombres de hoy en día no tenían personalidad. Les faltaba vigor. Deponían las armas antes de librar batalla y se rendían embelesados al primer achuchón. Así se lo confirmaba su experiencia personal —pensó la doctora—: incluso cuando parecía que los ligues prometían, los más apasionados amantes siempre acababan convirtiéndose en perritos falderos. Era cuestión de tiempo. Hasta los hombretones de inaudita corpulencia, al final, le salían calzonazos. Simples peleles que se sometían a su capricho. La doctora plañía su suerte. ¡Qué lejos quedaba aquel apocamiento de sus más íntimos anhelos!... Y, de este modo, con los ojos de nuevo fijos en la pantalla, se preguntaba si algún día conocería a un hombre duro de verdad, de determinación irreductible. Un hombre que la fulminase con la mirada. De sonrisa ante el reproche. De bofetón antes del beso. De los del cine en blanco y negro.

## 2

Los ronquidos de la sala atravesaban el tabique del recibidor, embocaban el pasillo, se colaban por debajo de la puerta del dormitorio y resonaban en las paredes amplificando los graves. De poco servían los tapones para los oídos ante aquel gruñido bestial. El sonido ronco se filtraba por los poros de la espuma y, con persistente intermitencia, le taladraba los tímpanos. La médico se revolvía en la cama, enervada. No había pegado ojo en toda la noche. Miró los números fluorescentes del despertador: eran las cuatro de la madrugada. En tres horas empezaba su turno. Se levantó y caminó descalza hasta el salón. Una vez más, la relación tocaba a su fin.

Despertó al enfermero a sacudidas y le dijo que se marchase de su casa, que quería perderlo de vista. El enfermero cogió un berrinche y lloró a moco tendido. Abandonó el apartamento implorando que no lo dejase, que no sabía cuánto la amaba. Ella le cerró la puerta en las narices. Él se quedó sollozando en el rellano.

La doctora regresó a la cama y se envolvió en el edredón. Desde el dormitorio, escuchaba las imploraciones afligidas del enfermero. Pero Ana Díaz ya no se

dejaba conmovido.

Con todo, el penoso gemido de la rabieta le trajo a la memoria un seminario que cursó unos años atrás, en el cual estudió el funcionamiento de los lacrimales. Según las investigaciones de unos científicos suizos, el hombre llora 65 litros de lágrimas a lo largo de la vida, o lo que es lo mismo, 1.850.000 gotas saladas, más o menos. Es un fenómeno complejo, producido por una glándula que se encuentra justo encima del ojo, y que es comprimida cuando lloramos. Las lágrimas salen por 6 tubos diminutos tan delgados como un cabello. Cada lágrima pesa 35 milésimas de gramo... El ser humano es el único animal que llora. Lloramos cuando sufrimos pena o dolor; en arrebatos de ira o al desbordar de emoción; por tristeza, alegría, odio o amor... Lloramos a lo largo de toda nuestra existencia: al llegar al mundo y, muchas veces, antes de abandonarlo, en el delirio póstumo de la muerte... En total, en toda una vida, doce cubos repletos de lágrimas... con los que se podría fregar múltiples veces el rellano de su escalera...

### 3

El enfermero no tardó en rehacer el ánimo. Y una semana después, Ana Díaz empezó a recibir mails y SMSs. Eran mensajes decadentes, en los que el enfermero pretendía reconciliarse jurando fidelidad y prometiendo amor eterno. La médico no contestó. Optó por ignorar al enfermero y ni siquiera leyó los mensajes. Y aquí estuvo el mal, porque la médico nunca supo que el enfermero, con el tiempo, había cambiado de estrategia. De hecho, en sus últimos mensajes ya no suplicaba amor con tono decadente; sino que utilizaba el chantaje y la amenaza para exigir sexo.

Tardó un mes en volver a verlo. Fue una mañana, en la clínica. Al regresar de la planta de cuidados intensivos, advirtió que la puerta de su despacho estaba ajustada. Pensó que se le había olvidado cerrarla y entró sin más. Se encontró al enfermero acomodado en su butaca; tenía las piernas en alto, con los pies sobre la mesa, y fumaba un cigarrillo. Ana Díaz se quedó paralizada. El enfermero dio una calada, hizo unos anillos de humo y le regaló una sonrisa antes de decir:

— Te esperaba, guapa.

La médico notó cómo la furia ardía en sus entrañas y explotó de ira. Se le plantó delante como una bestia amenazante y escupió sulfato por la nariz. Ya no había vuelta atrás. Se acababa de operar en ella la metamorfosis. Ya no era Ana Díaz, sino un dragón multicéfalo que lanzaba llamas por sus múltiples bocas. Le soltó un manotazo y le dejó la marca de las garras en la mejilla. El enfermero y la butaca rodaron por el suelo. El dragón rugió. El enfermero se levantó de un brinco y huyó despavorido.

Poco a poco la doctora fue recuperando la calma. La respiración se le enfrió y la bestia enfurecida se convirtió en mujer agraviada. Recogió la butaca y se sentó. Sobre la mesa, estaba el portátil. Se dio cuenta enseguida: le había reconfigurado el salvapantallas. Ocho corazoncillos desfilaban de izquierda

a derecha. Avanzaban dando saltitos y, de golpe, ¡puf!, explotaban y se transformaban en letras: I LOVE YOU.

#### 4

Empezó a sospechar la mañana en que llegó a la consulta un futbolista aquejado de un persistente dolor en la rótula de la pierna izquierda. El deportista —según explicó— ya había visitado la clínica dos años antes por unas molestias en la articulación de la otra rodilla. La doctora Ana Díaz le preguntó el nombre y buscó el expediente en su portátil... En efecto, existía un historial médico. Abrió el archivo, y se encontró con un diagnóstico de parálisis inferior. La médico se quedó atónita. El presunto paralítico resultó ser un famoso delantero centro. ¿Quién había podido realizar un diagnóstico tan desacertado?

El siguiente caso fue el de un diseñador escocés que acudió a la consulta por una dolencia en los riñones. La doctora tecleó el nombre del diseñador —Mac Diego Callahan— y el historial médico del escocés apareció en la pantalla del portátil: figuraba como invidente. ¡Pero era imposible; el diseñador ni siquiera usaba gafas! Por si acaso, la médico lo sometió a unas pruebas de visión. Para ello lo llevó a una sala de optometría, y haciendo caso omiso de las protestas del diseñador, lo colocó a tres metros de un tablero. En el tablero había varias líneas con letras de distinto tamaño. Arriba las más grandes; abajo las más pequeñas. Fue sorprendente. El diseñador identificó todas las letras. Tenía una vista de lince.

Los malentendidos siguieron repitiéndose. Cada vez que consultaba un archivo era como abrir un sobre sorpresa. Sin una información fidedigna, la médico se veía forzada a comenzar el reconocimiento desde cero. A los pacientes les resultaba molesto someterse a pruebas y cuestionarios, y notaban que había negligencia. Algunas veces llegaron a indignarse y exigieron tratar con otros especialistas. Pero la doctora no tenía otra opción. No podía fiarse de aquellos diagnósticos disparatados, ni revelar abiertamente a sus pacientes que había errores en su historial médico. La situación era delicada y exigía proceder con cautela. Había que descubrir síntomas, examinar al enfermo y evaluar sus reacciones. Algunos casos no ofrecían dudas. Por ejemplo: un catedrático con palique no podía tener Síndrome de Down, ni un ágil bombero esclerosis múltiple en fase avanzada. Pero había otros casos más delicados. Como un comandante de la Guardia Civil esquizofrénico, que se empeñaba en estar sordo y que no aceptaba objeciones. Era un picoletto testarudo e intransigente. Un tipo muy peligroso. Cuando la médico intentó corregirlo, estuvo a punto de agredirla.

No podía seguir viviendo con aquella intranquilidad. Si en el hospital había personal no cualificado ella no estaba dispuesta a sufrir las consecuencias.

Una mañana, al terminar su turno, fue al despacho del director. Encontró una nota en la puerta. El director había salido; volvería en 20 minutos.

Ana Díaz fue a la sala central de ordenadores. Quería ver si había información

actualizada sobre los últimos pacientes. Abrió el archivo de Mac Diego Callahan y se quedó de piedra. El historial médico del diseñador escocés revelaba que el paciente tenía litiasis renal, es decir: arenilla en los riñones. Leyó el expediente hasta el final: en ningún lado se hacía referencia a problemas oculares. Consultó otros ordenadores, que le confirmaron el diagnóstico. A continuación, abrió archivos de otros pacientes. Y se encontró con más de lo mismo: en las computadoras de la central los pacientes tenían un historial médico distinto al que le constaba a ella en su portátil.

Por fin se resolvía el enigma. No se trataba de la incompetencia general de la plantilla médica, sino de una trampa personal tendida con malicia. Alguien había entrado en su portátil para cambiar los nombres de los expedientes, creando así una correspondencia falsa entre pacientes y enfermedades. Después, ese alguien había cortado el link de su ordenador con la central, para evitar que se le actualizaran los datos.

Ana Díaz no tardó en colegir quién era el culpable. La deducción era simple. Para alterar las fichas médicas era necesario saber tanto el código de acceso a los ordenadores de la clínica como la contraseña del portátil de la doctora. Tan sólo una persona cumplía ambos requisitos.

## 5

El primer paso era reordenar los archivos: una tarea tan simple como descargar de nuevo los datos desde la central. A continuación, la cosa se complicaba. Tenía que informar a todos los enfermos sobre sus enfermedades reales. Esto la forzaba a entrevistarse personalmente con cada uno de sus pacientes, a ser posible fuera de la clínica. En este punto, era importante guardar la máxima discreción. Si en el centro de salud se enteraban de que había estado un mes trabajando con diagnósticos erróneos, perdería su empleo.

Revisó los expedientes. Empezó por los que revestían mayor gravedad. Y dio de inmediato con un caso que no admitía dilaciones: un empleado de banco al que habían diagnosticado un tumor maligno con metástasis. La médica recordó que se había descartado la intervención quirúrgica porque consideraron que el daño en el tejido cerebral ya era irreparable. Ana Díaz se echó las manos a la cabeza. A aquel pobre hombre lo habían sentenciado a muerte. Le habían dicho que le quedaba un mes de vida, como mucho.

Examinó los historiales médicos de la central. El empleado de banco, en realidad, había acudido al centro sanitario por unas molestias intestinales, que, en su día, le provocaron dolorosas flatulencias. La enfermedad en sí no era grave. De hecho, lo más probable era que a estas alturas el intestino del paciente ya hubiese liberado la acumulación de gases. El problema era el tiempo que había transcurrido desde que se le comunicó el diagnóstico: un mes justo. Seguramente, a día de hoy, el empleado de banco se estaba preparando para exhalar el último suspiro.

Ana Díaz examinó la ficha y anotó la dirección del domicilio y del lugar de trabajo del paciente. Aunque era improbable que un hombre al que le

quedaban días de vida siguiese acudiendo al trabajo, decidió pasar primero por la sucursal del Banco de España de la calle la Paz, que era donde le figuraba que estaba empleado el paciente. Si no lo encontraba allí, se desplazaría hasta su domicilio, para lo cual tomaría la autopista de la costa sur. Consultó el reloj: la una y media. Si tenía suerte con los taxis, todavía podía llegar a tiempo al banco.

## 6

Subía la calle a grandes zancadas cuando un drogadicto le salió al paso para pedirle una monedilla. Se lo quitó de encima de un empujón. Acto seguido, una gitana se ofreció para leerle la palma de la mano. La médico negó con la cabeza y apresuró la marcha. La gitana la asió del brazo y la retuvo. La médico se revolvió turbada. La gitana sacó un ramillete de romero de una bolsa de plástico y, con uno de esos alfileres con cabecita de perla, prendió el ramillete a la solapa de la bata de la doctora. La médico le dio un euro y la gitana le dijo que aquello le traería suerte. Dos pasos después, la doctora se arrancaba de un tirón el ramillete de romero y lo tiraba al suelo. Sin tiempo para un respiro, la abordaron un par de senegaleses que la obsequiaron con todo tipo de mercadería y mucho bueno, bonito y barato. Esquivó a los subsaharianos y siguió calle arriba. A lo lejos, distinguió el logotipo del banco.

Cuando llegó frente a la sucursal la sorprendió el jaleo que se había montado en la calle. En medio de un concierto ambulante de indios peruanos, unos punkis intentaban dispersar a una jauría de perros que se habían enzarzado en una pelea. Les propinaban patadas y cadenazos para separarlos, pero los golpes no acobardaban a los animales, que volvían a acometerse enrabiados. Los perros ladraban, gruñían y se desgarraban la piel a dentelladas. Los punkis blasfemaban, maldecían y latigueaban a los chuchos con sus cinturones de pinchos. Al final, un okupa tuvo que llevarse a la perra en celo.

La doctora pensó que no era normal la cantidad de indeseables que husmeaban por los alrededores. Recordaba aquella zona de la ciudad mucho más limpia. Pero no tuvo más tiempo para reflexionar, porque en aquel momento un hombre con sombrero abrió la puerta de la sucursal dispuesto a entrar. La doctora apretó el paso y se coló detrás. Había dos ventanillas funcionando. En una, un empleado con el pelo tintado atendía a un guardia civil que vociferaba indignado. Se dirigió a la otra.

Escuchó la orden del atracador a sus espaldas. Levantó las manos y se dio la vuelta lentamente. Lo que vio fue algo extraordinario: un hombre con sombrero de ala ancha y cananas cruzadas sobre el pecho, los encañonaba con dos armas voluminosas. Por un momento, se creyó soñando, atrapada en la pesadilla de un western de bajo presupuesto.

## 7

Se abrió la puerta de un despacho y salió el director, que se encontró la escena en el clímax de su desarrollo. Los empleados —detrás de las ventanillas— y los

clientes —una mujer con bata blanca y un guardia civil— tenían las manos en alto y el atracador los encañonaba.

Pese a lo inesperado de la situación, no se sobresaltó. Después de veinte años en el banco, un robo puntual entraba dentro de lo previsible. Otros compañeros suyos, también directores de banco, ya se habían visto envueltos en este tipo de situaciones con anterioridad. Y algunos en más de una ocasión. De hecho, estos lances llegaban a ser tan comunes que se bromeaba al respecto, y se decía que el trance de un atraco era para un director de banco como un examen de cátedra para un estudioso: una experiencia que marcaba un hito en la vida profesional. Lo fundamental —comentaban sus compañeros— era mantener la calma. Cuando se es el máximo responsable, hay veces en que a uno le toca bailar con la más fea. Es entonces cuando se demuestra la categoría de una persona. Hay que controlar la situación, afectar seriedad y dar ejemplo... Todos estos consejos trataba de recordar el director, cuando le pasó por la cabeza la imagen más representativa de la Transición Española. Y, sin más preámbulos, el director se vio transportado al golpe de Estado del 23-F y revivió la escena...

El grupo de guardias civiles irrumpía en el Congreso y el teniente coronel disparaba al techo. Todos los diputados se escondían debajo de sus escaños, con la salvedad de Adolfo Suárez y Santiago Carrillo, que desoían el ¡todo el mundo al suelo! y se mantenían impertérritos ante los disparos... El recuerdo infundió valor al director, que ya se disponía a emular conductas heroicas, preparado para pasar la prueba del atraco con nota y salir laureado. Aún estaba el director retocando mentalmente su discurso disuasorio cuando el atracador se dio la vuelta. Al director, aquella extraña figura, se le antojó familiar. Tardó unos segundos en reconocerlo. Cuando por fin logró identificarlo, se sintió decepcionado. No pudo evitar reprimirlo.

— Manolo, ¡joder! ¿Pero qué bromas son éstas? Manolo Hernández orientó el rifle de balines hacía el director y disparó. Un balín le atravesó la oreja derecha, perforándole el cartílago. El director se llevó la mano a la oreja.

— ¡Me ha dado!

Manolo Hernández sonrió. No pensaba dejarse disuadir por nadie. Sabía que la intimidación era un factor decisivo, así que improvisó una respuesta lapidaria.

— Siempre me lo imaginé con piercing. El empleado que tenía el pelo tintado, disimuladamente, bajó el brazo izquierdo. Manolo Hernández adivinó sus intenciones.

— Como toques el botón de debajo de la mesa te frío a tiros. El joven empleado se quedó pasmado. No esperaba que el atracador conociese los dispositivos de alarma. Manolo Hernández se encaró con el otro empleado.

— Marqués, abre la caja de seguridad y empieza a llenar bolsas. No quiero los billetes en fajos, los quiero sueltos.

Vicente Marqués se puso en pie, se acercó a la caja fuerte, compuso el número de seguridad y la abrió. Sacó los fajos de billetes, rasgó el precinto y empezó a meter el dinero en bolsas de plástico.

El guardia civil, que esperaba su oportunidad, al ver que el atracador se distraía supervisando al empleado, optó por la heroica y le lanzó la porra. Pero Manolo Hernández vigilaba al picoletto con el rabillo del ojo. Rápido de reflejos, se echó a un lado y esquivó el golpe. La porra le rozó la cara, pasó de largo e impactó de lleno en la cabeza del director. Fue un golpe aparatoso, que lo alcanzó en la sien. El director se desplomó.

Manolo Hernández se ajustó el sombrero y soltó una risa burlona. Después, apuntó al guardia civil con la escopeta de perdigones y le dijo:

— Y ahora, piccolo, vas a morder el polvo. El guardia civil se giró, le dio la espalda y contestó:

— Mediabarba, si me matas, lo harás como los cobardes: por la espalda.

Manolo Hernández apretó el gatillo y descargó una ráfaga de perdigones en la nalga derecha del picoletto. El guardia civil, al sentir la mordida en el culo, dio con su cuerpo en el suelo escupiéndole blasfemias.

La médico, viendo que los presentes iban cayendo como moscas, no pudo contener el espíritu deportivo.

— Esto es una carnicería. Déjeme, por lo menos, atender a los heridos. Manolo Hernández asintió. La doctora se agachó sobre el director y, de cuclillas, le inspeccionó el cráneo. En la entrada derecha le empezaba a brotar un chichón. El director, poco a poco, salía de su aturdimiento. Intentó incorporarse pero le dio un mareo. Recostó la cabeza sobre el regazo de la doctora.

Manolo Hernández dejó el rifle de balines apoyado contra una pared. Metió la mano libre en un bolsillo de la gabardina y sacó cinta americana y varias ligaduras. Miró a derecha e izquierda. Dio dos zancadas hacia un estante repleto de impresos. De un manotazo vació un anaquel. Un montón de folletos de ofertas y promociones volaron por los aires. Colocó la cinta americana y las ligaduras en el estante. Después, recogió el rifle y apuntó al empleado que tenía el pelo tintado.

— Y ahora vas a hacer lo que yo te diga.

Mientras tanto, el guardia civil seguía tendido en el suelo, boca abajo. Con una mano se apretaba el trasero, y exigía a la doctora que le extrajese los perdigones, que él era comandante y sabía cómo curar el fuego de la fusilería. Pero la doctora estaba muy ocupada con el otro accidentado: apretando un pañuelo contra la oreja del director, intentaba restañarle la herida, y esperaba ansiosa a que se recuperara de su desfallecimiento. Así, tan pronto lo juzgó en condiciones, acercó la cara a la oreja maltrecha, como inspeccionando el cartílago, y le susurró:

— ¿Quién es Manolo Hernández?

## 8

Desde los balcones del primer piso de la sucursal, la doctora vierte bolsas llenas de dinero sobre los marginados que se agolpan frente al banco. Los

billetes caen del cielo como aleluyas en Domingo de Gloria. La milagrosa lluvia enloquece a los piadosos, que gritan de júbilo, estiran los brazos y saltan para atrapar la pasta al vuelo. A medida que va vaciando bolsas aumenta el delirio. Pronto se apretuja en la ancha calle una revoltosa multitud. Poco después, a lo lejos, empiezan a aullar las sirenas.

La médico deja a un lado las bolsas que quedan por vaciar y se gira hacia el interior del piso. Las puertas del balcón están abiertas. Desde dentro del piso, a tan sólo tres metros de distancia, Manolo Hernández la apunta con la escopeta.

— Manolo, antes de que llegue la policía, hay algo que debes saber —dice la médico con una modulación muy dulce.

Manolo Hernández se queda maravillado. Pero no por las palabras que escucha, sino por las que ve. A cada golpe de voz, una mariposa blanca sale revoloteando de los labios de la médico.

Manolo Hernández no baja el arma. Sigue apuntándola. La médico abandona el balcón y se llega a Manolo Hernández.

Él nota que le sudan las manos y el dedo que acaricia el gatillo tiembla. La amenaza:

— No te acerques o disparo.

— Tranquilo, Manolo, no pasa nada. Todo va a salir bien. —La médico habla con un tono maternal, reconfortante.

Una mariposa se posa sobre el punto de mira y remueve las alas, juguetona. La médico aparta el cañón de la escopeta y salva la distancia que los separa. Quedan cara a cara. Lo mira con ternura. Le acaricia una mejilla y le dice:

— No estás enfermo. Hubo un traspapeleo de expedientes médicos. En realidad, gozas de una salud envidiable, Manolo...

Manolo Hernández se queda obnubilado. Siente náuseas y, por unos segundos, se le nubla la vista. Cuando recupera el enfoque, le suelta un guantazo a la médico que le vuelve la cara a un lado. El bofetón restalla como un latigazo y despide a la mujer un par de metros. La médico se lleva la mano a la mejilla y se muerde el labio.

Ana Díaz se levanta de un brinco y, de repente, nota cómo en su cuerpo empieza a operarse la metamorfosis. La furia arde en sus entrañas y en sus ojos se enciende la ira. Pero Manolo Hernández reacciona rápido y responde con una mirada fulminante. Es la mirada clara, segura e infalible. La única mirada que es beligerante y apaciguadora al mismo tiempo; capaz de subyugar las naturalezas más indómitas y de apagar el fuego de la cólera en los ojos de Ana Díaz. Ojos azules. Ojos de mar que se humedecen con facilidad y que ahora están a punto de derramar lágrimas. Manolo Hernández sonrío y se ajusta el sombrero. Avanza hacia ella con un aire infranqueable y se le planta delante. La agarra del pelo y la besa impetuosamente. La médico cede y se enrosca hasta el fondo.

Es un beso eterno, al límite de la asfixia. Cuando acaba el clímax, ambos inspiran a pleno pulmón. Un segundo después, la doctora vuelve a estirar el cuello con la intención de atornillarse de nuevo, pero Manolo Hernández la detiene. Roza los labios de la médico con dos dedos, y le dice que no hay tiempo, que hay que escapar como sea.

## 9

Descienden a la planta baja. Los dos empleados, el director y el guardia civil están tumbados boca abajo, atados de pies y manos y amordazados con cinta americana. Manolo Hernández y la doctora van metiendo a los rehenes de uno en uno en el despacho del director.

Afuera se ha armado una algarabía espantosa. Una multitud se estruja frente al banco. Los más menesterosos reptan por el suelo con la esperanza de arañar algún billete. La policía insta, a través de megáfonos, a que se despeje la zona; pero el gentío ignora las órdenes y los antidisturbios preparan la carga. Desde el fondo, unos grupos de adolescentes corean cánticos proclamando el nombre de Mediabarba.

Manolo Hernández desata al guardia civil. El picoletto observa a su secuestrador con mirada escrutadora. No sabe lo que pretende, pero por la tensión en el movimiento de los labios y la dureza del gesto, intuye que le está ordenando algo. Alguien lo empuja por detrás. Al girarse, el comandante advierte la misma expresión conminatoria en el rostro de la doctora. Pese a no saber de lo que se trata, el picoletto niega con la cabeza, resuelto a no colaborar. La médico da un paso al frente y le coloca el cañón en la sien. El guardia civil, al notar que lo encañonan de aquella manera, entiende que le ha llegado el tiro de gracia. Ante el momento póstumo, el bizarro militar hace acopio de valor, se arranca la mordaza y canta la gesta.

— ¡Arriba España!

Manolo Hernández lanza la culata del rifle contra el hipotálamo del comandante. El golpe noquea al picoletto.

## 10

Después de una batalla campal, la policía ha conseguido acordonar la zona. Delante de la sucursal han estacionado dos furgonetas de antidisturbios con perros adiestrados.

Desde un helicóptero cuerpos de élite descienden en rápel sobre el tejado del edificio.

En la finca de enfrente, apostados en los balcones, apuntan los francotiradores. Una voz amplificada por un megáfono repite con tono nasal: “Mediabarba, está rodeado. No tiene escapatoria.”

El despliegue policial es impresionante y muy prometedor. La gente acude presurosa con la intención de conseguir un buen puesto para el espectáculo y

en breve una muchedumbre abarrotada la calle de esquina a esquina. El público está expectante y todos confían en presenciar un desenlace inminente con acción de primera. Pero pronto cesa el movimiento y los minutos se suceden sin más percances. La pausa enfría los ánimos y se nota en el ambiente una ligera decepción. En estas circunstancias, surgen las especulaciones y circulan los primeros bulos.

En un primer momento se ha propagado la versión de un diseñador de moda, que ha colado el rumor de que Mediabarba haría explotar el Banco de España en cualquier instante. Según el diseñador, el asaltante había entrado en la sucursal con el cuerpo cargado de explosivos. Presentaba Mediabarba la colección primavera para hombre bomba: faja de cartuchos de goma 2 y trechos de mecha detonante como tirantes.

La noticia, al principio, había levantado un gran revuelo; sin embargo, a falta de explosiones, se ha vuelto a imponer el tedio. Un minero jubilado ha tenido que entrar en escena para poner las cosas en su sitio. El minero jubilado ha desmentido la versión del diseñador. El fallo del diseñador —ha apuntado el minero— ha sido debido a su falta de experiencia en materiales explosivos. De hecho, Mediabarba no iba armado con goma 2, sino con 100 kilos de nagolita, 50 kilos de gelamón y 8 kilos de gelamita. La gente le ha preguntado si aquello era peligroso; y el minero ha aclarado que estas sustancias son más destructoras que el nitrato de amonio con gasoil, porque al combinarse se potencian. El problema —ha concluido— es que si se usan en una zona urbana, podrían volatilizar un par de manzanas. La gente ha quedado admirada; el minero ha acabado asintiendo con aire resignado y ha dicho:

—Vamos a volar todos por los aires. Un sector menos derrotista ha improvisado una interpretación más épica: Mediabarba no lleva ningún tipo de explosivo; ni siquiera cuenta con una rudimentaria pistola.

Según ellos, ha asaltado el banco provisto simplemente de dos ballestas y una aljaba repleta de flechas, saetas y bodoques. De este modo, con un armamento arcano, Mediabarba mantiene en jaque a la policía de toda la ciudad. Además, el atracador no tiene previsto inmolarse; sino que piensa urdir un plan para escapar en el último momento...

Este cuento es el que más ha gustado al grupo de adolescentes, que han seguido las andanzas del forajido desde sus inicios. Mediabarba empieza a encarnar valores legendarios y les recuerda a los mejores héroes de la Play Station.

## 11

La médico sale al balcón y un murmullo corre entre la multitud. Por megafonía se reclama silencio. La orden policial despierta el espíritu rebelde de los adolescentes, que arrancan de nuevo con sus cánticos. La tonadilla es pegadiza y otros grupos se enganchan y acompañan. Se genera un griterío de voces disonantes. El momento de confusión se prolonga unos minutos.

Cuando los cantos pierden fuerza y parece que la gente se va sosegando, de súbito, se dispara la sirena en un coche patrulla. El estridente aullido hace

enloquecer a los perros de los okupas, que se cuelan dentro de la zona acordonada y ladran furiosos a los pastores alemanes de los antidisturbios. Los perros policías se encrespan y tiran de sus correas. Un policía propina una patada a un perro okupa y la gente lo abuchea.

Empiezan a llover objetos contra el policía agresor y el pasma corre a refugiarse detrás de una furgoneta de los antidisturbios. Un mechero lo alcanza en la cabeza y un bote de Fanta de Naranja le pasa rozando la oreja e impacta contra la furgoneta, abollando la carrocería. Se abre la puerta del copiloto y sale un antidisturbios con la porra en la mano. Colérico, se encara con la multitud:

— ¡Hijos de puta!

La gente reacciona ante la provocación lanzando objetos más contundentes. Los policías tienen que resguardarse y hasta la médico se mete dentro del piso y cierra las puertas del balcón.

El comisario de policía toma el megáfono y ordena que se apague de una vez la sirena del coche patrulla. Después, advierte a la gente de que se están tomando fotos desde los helicópteros y que los violentos serán penalizados. Poco a poco, remite la lluvia de objetos y se restablece una calma relativa.

La médico sale de nuevo al balcón. Esta vez, ante la aparición, el público guarda silencio y todos la observan expectantes. La médico reclama la atención y dice que se ha ofrecido para hacer de intermediaria. La nueva, por inesperada, hace reaccionar al público. Algunos piropean a la doctora y los más gamberros gritan obscenidades; pero todo se resuelve en un aplauso generalizado. La doctora agradece la ovación y levanta las manos para pedir tranquilidad. Cuando cesan los aplausos, dando voces, explica que Mediabarba está en la planta baja, en el despacho del director, con los rehenes amordazados y dispuesto a sacrificarlos si no cumplen sus condiciones.

La multitud grita, silba, pita y aplaude. La gente, en este punto, parece dividida. Un grupo de amas de casa, votantes del partido conservador, reclama que se ajusticie al delincuente. Los adolescentes también quieren que se derrame la sangre, pero la de los rehenes. La situación es tensa. La concurrencia se crispa. Dos hombres discuten y se enredan en una pelea. Los amigos acuden en su ayuda y la refriega inicial se convierte en una riña tumultuaria. Los punkis, por su parte, se mantienen al margen de la disputa, y aprovechan el caos para instar a la médico a que les lance las bolsas de billetes que quedan por vaciar.

Pero la médico no escucha a los okupas, porque en este momento ha captado su atención un antidisturbios, que le indica con gestos que se descuelgue por el balcón. La doctora niega con la cabeza, y dice que no conocen a Mediabarba; que si ella lo traiciona matará a los otros rehenes. Que no se anda con bromas y que ya hay heridos. También afirma que, de momento, no se va a lanzar más dinero a la calle.

El comisario de policía pide el megáfono y pregunta si hay algún herido que esté grave. La médico contesta que sí, que hay uno que está terminal, y que lo dice con criterio, porque ella es médico. Lo que más urge —añade— es una ambulancia. El comisario se compromete a facilitársela, aunque exige

que se libere, como mínimo, a otro rehén. La médico contesta que no sabe si Mediabarba aceptará, pero, de momento, que hagan el favor de seguir las instrucciones del delincuente: Mediabarba quiere dos pizzas margaritas —una con doble ración de queso—, cerveza en abundancia, una maquinilla de afeitar de doble filo, espuma y aftershave Aqua Brava. Si no cumplen el encargo a rajatabla, amenaza con herir a otro rehén.

Los policías se quedan fascinados. ¿Tan profesional es Mediabarba que, en medio de un atraco en solitario, es capaz de comer a sus anchas y repasarse el afeitado?

## 12

Llega la moto de Pizza Hut y el público aplaude. A estas alturas parece claro que la inmensa mayoría está de parte del delincuente. Cuando los adolescentes corean el nombre de Mediabarba, muchos adultos se unen a los cánticos. Por el contrario, cada vez que se escuchan las comandas policiales por megafonía, suena un abucheo ensordecedor.

Un policía abre la puerta exterior y deja en la antecámara de la sucursal las dos pizzas —tamaño familiar—, la cerveza —tres litronas Mahou— y una bolsa de plástico del Mercadona. Cuando el policía sale, la doctora abre la puerta interior y recoge el envío. El motorista de Pizza Hut se marcha vitoreado por la turbamulta.

Llega la ambulancia y la multitud empieza a botar al ritmo de la sirena. “¡Policía el que no bote, eh, eh! ¡Policía el que no bote, eh, eh!”

La doctora sale al balcón y dice que Mediabarba ha ordenado que en cinco minutos entren en la antecámara del banco dos asistentes de la Cruz Roja con una camilla, y que entonces el atracador liberará a otro rehén, además del comandante de la Guardia Civil, que es el herido grave. Los policías intercambian susurros de incertidumbre. La doctora acalla las voces trémulas con el final de las instrucciones.

— Dos horas más tarde, podrán seguir las negociaciones.

La médico coge las bolsas de dinero que quedaban en el balcón y desaparece.

## 13

Los dos asistentes de la Cruz Roja entran en la antecámara del banco. Esperan en silencio. Están nerviosos. Sostienen la camilla, preparados. De cuando en cuando, miran a través del cristal de la puerta interior.

De golpe, se abre la puerta del despacho y aparece la médico, vuelta de espaldas. Parece que forcejea con algo que ofrece dificultad. Por los esfuerzos de la doctora, los asistentes adivinan que intenta mover algo muy pesado. ¡Es el guardia civil! Lo tiene agarrado por los tobillos y va tirando de él. Primero aparecen las piernas del picoletto, y después el cuerpo entero, que la médico arrastra a estirones.

A los asistentes les resulta penoso contemplar cómo se maneja a aquel herido. El guardia civil está inconsciente. La mujer a duras penas puede tirar de aquel voluminoso cuerpo. Ahora mismo el tronco del guardia civil se ha atascado en el marco de la puerta del despacho. La médico da un fuerte tirón y la cabeza del picoletto golpea contra una jamba. Se escucha un golpe seco. Por momentos, todo se complica. A cada sacudida, la maltrecha cabeza rebota contra el suelo. Es desesperante. A la doctora le flojean las manos, pierde el agarre de los tobillos y las piernas del guardia civil caen al suelo. La médico se vuelve a agachar, vuelve a agarrar los tobillos y tira de ellos. Así, una y otra vez.

Los asistentes se exasperan. No están acostumbrados a mantenerse al margen en situaciones de urgencia. No obstante, les han dado instrucciones muy precisas. No pueden intervenir hasta que los rehenes lleguen a la antecámara.

Con todo, la médico progresa en el arrastre y, aunque de forma lastimosa, el cuerpo del guardia civil avanza poco a poco y cruza la sucursal.

La doctora alcanza finalmente la puerta interior de la antecámara. Está descompuesta. Jadea. Ha sido un esfuerzo titánico. Pero no hay tiempo para el descanso. La médico abre la puerta y apremia a los asistentes a que depositen al herido sobre la litera, boca abajo. A los asistentes, ahora que lo observan más de cerca, les sorprende la fisonomía y la complexión del guardia civil. Tiene la cara delgada y el cuerpo obeso. El tronco y las extremidades se le han hinchado. Presionadas por las carnes, las costuras de la chaqueta y el pantalón del uniforme están al límite del reventón.

Mientras transportan al guardia civil, el camillero que va detrás se fija en las manchas de sangre en el pantalón del herido. Aquella visión, pese a su larga experiencia como ATS, le produce un escalofrío. Al picoletto le han machacado las nalgas.

Salen del banco apresuradamente, con el ajetreo propio de la máxima urgencia. La médico va delante para abrir el paso a los camilleros. Procede de forma expeditiva: aparta a los policías que le salen al encuentro, sortea a los periodistas y corre en dirección a las luces giratorias.

Cuando llegan a la ambulancia, el público, que en un primer momento había mantenido un silencio expectante por la gravedad del herido, ahora, de golpe, estalla en una cerrada ovación para premiar la determinación de la médico. Meten al herido en la ambulancia. Cuando la doctora se dispone a subir, nota que la agarran por el brazo. Es el comisario de policía:

— ¡Un momento! Usted ahora no puede...

— ¿Hay algún cardiólogo aquí? —pregunta la doctora.

El comisario mira de aquí para allá, contrariado. Los asistentes de la Cruz Roja se encogen de hombros. Un médico joven, desde el interior de la ambulancia, niega con la cabeza, afectado. La doctora reacciona indignada.

— ¡Son unos inútiles! ¡Usted —exclama la doctora, mirando con desafío al comisario—, quíteme las manos de encima! Y tú, el matasanos —le dice al facultativo que espera sentado dentro de la ambulancia—, sal de ahí dentro y a ver si Mediabarba te deja atender al otro herido. ¡Vámonos, este hombre se

nos muere!

El comisario se queda mirando al guardia civil, que yace inconsciente, boca abajo, con el trasero ensangrentado.

— ¡Suélteme de una vez! —repite la médico, muy enfadada.

El comisario deja ir a la doctora, que sube a la ambulancia al mismo tiempo que el médico se apea.

— ¡Y vosotros —increpa la doctora a los camilleros—, subid delante, que aquí dentro sobra gente y falta espacio!

Los asistentes de la Cruz Roja cierran las puertas de atrás, se acomodan en la parte delantera, arrancan y salen derrapando entre una muchedumbre que acompaña la estridencia de la sirena con cánticos. “¡Robin, Robin, Robin, volverá, volverá, volveráaaa!”

## 14

La sirena aúlla y los coches ceden el paso. Manolo Hernández desenrosca la lengua y aparta la cara. Ana Díaz lo estira de la nuca y lo vuelve a acometer. Manolo Hernández hace un gesto de dolor.

— ¡Ah!, me haces daño —se queja Manolo Hernández, que de tanto golpe tiene la cabeza dolorida.

Ana Díaz lo examina. Tiene un corte en la coronilla. Es poco profundo, pero le sangra. — Nada. Un rasguño —sentencia la médico, que ya acerca los labios con la boca abierta, dispuesta a meter lengua.

— ¡Espera, no tenemos tiempo para esto! —la reprende Manolo Hernández—. ¡Quítame la ropa!

Ana Díaz le desabrocha la chaqueta y el dinero se desparrama por todas partes. Le mete mano por debajo del pantalón y empieza a sacar billetes. Lleva las perneras repletas de billetes de cien euros. En las mangas de la chaqueta lleva los de cincuenta. Y en los calzoncillos, los de quinientos. A medida que saca el dinero, el uniforme de guardia civil se desinfla. Meten todos los billetes en un par de bolsas.

Aprovechan el primer embotellamiento para apearse de la ambulancia. Primero baja Manolo Hernández, luego Ana Díaz. Caminan entre las largas filas de coches atascados. Se meten en el primer taxi libre.

— ¿Adónde? —pregunta el taxista.

Manolo Hernández muestra un abanico de billetes de quinientos euros al taxista y responde.

— Fuera del país... A Francia. Al norte de París. Aeropuerto Charles de Gaulle. Manolo Hernández coge la mano de Ana Díaz y se la lleva a la boca para besarla. Un aroma muy agradable le invade la pituitaria. Mira la mano sorprendido. Le separa los dedos con delicadeza y coloca la palma extendida debajo de su nariz. Inspira con fuerza. Su olfato no le engaña: huele a romero.

Alargados en una hamaca doble, Manolo Hernández y Ana Díaz beben caipirinha en la terraza de su casa en Copacabana. Ella zapea indiscriminadamente. Él, disfruta de la vaguedad de sus pensamientos.

— ¿Sabes?

— dice Manolo Hernández—. Algún día escribiré un libro.

— ¿Para qué?

— Hay tantas cosas que me gustaría contar a la humanidad...

— Mira —lo interrumpe Ana Díaz.

En el primer canal de televisión brasileña están retransmitiendo la final olímpica de saltos de trampolín. Les sorprende, por su exceso de vello, el representante español. El saltador sube las escaleras decidido y cruza el trampolín renqueante. Aunque cojea de la pierna derecha, lleva el paso con gallardía. Se coloca en el borde del trampolín, mira al frente, se alisa el mostacho y se precipita al vacío. Realiza un triple mortal y clava la caída. La valoración de los jueces es unánime: 10. En la parte inferior derecha de la pantalla sale la nota final del cómputo de todos los saltos: 9'912. Oro para España. En el pabellón olímpico suenan las notas del Himno de España.

El campeón se mantiene en posición de firmes en lo más alto del podio. Con la medalla dorada sobre el felpudo negro del pecho, mira cómo izan la bandera, llora y las lágrimas van humedeciéndole el bigote. Cuando la bandera llega arriba del asta, el representante español felicita al saltador que tiene a su derecha y le estrecha la mano. El medalla de plata, un americano ario e imberbe, intenta hacerle comprender, infructuosamente, que el himno todavía suena.

# LA INMORTALIZACIÓN

Montaban raves ilegales en cometas y asteroides. La fiesta más famosa de la galaxia era la del cometa Halley. Era una juerga que se había alargado durante siete generaciones, lo que la había convertido en el afterhours más desfasado del universo.

En una noche eterna de desafuero febril, el cometa trepidaba al ritmo del space techno, mientras ravers invencibles envejecían bailando. La muerte sorprendía a los festeros saltando en medio de la pista. Habían gozado hasta la decrepitud transportados por un éxtasis que había durado toda una vida. Ahora, finalmente, sucumbían a un ataque de subidón químico.

Pero, como dice el tópico, la vida sigue; y el Halley's Afteryears —nombre con el que se denominaba este evento sin precedentes—, también. Al fin y al cabo, después de más de dos siglos en marcha, los cibertrónicos ya se habían acostumbrado a integrar el trance de la muerte dentro de la atmósfera de festividad. Era por ello que, llegado el momento, se actuaba con eficiencia y no se perdía el tiempo en ceremonias. A los muertos se les desconectaba de las redes flipatorias; a los desfallecidos se les apartaba de la pista. En este punto, no se hacía ningún tipo de distinción: todos los que se desplomaban eran eliminados. Robots porteadores se encargaban de retirar a los ravers extenuados. Los cuerpos eran arrastrados mientras se retorcían en el suelo, sacudidos por convulsiones. Con los ojos en blanco y echando espumajos por la boca, los moribundos eran arrinconados en un cráter cualquiera. Víctimas del exceso, habían sido castigados por el paro cardíaco o el derrame cerebral.

En el cometa ninguna contrariedad empañaba el ambiente festivo. Cada uno despotricaba a su ritmo y la euforia era un estado de ánimo permanente.

Los cibertrónicos habían descubierto la fórmula de la felicidad: bailotear acelerados, beber sin parar, flirtear sin compromiso, meter mano sin protocolo, copular sobre las barras y abandonar la pista sólo en momentos de aprieto, para orinar en una grieta del cometa.

La energía era superpositiva. Había un buen rollo increíble. Era, en resumen, el final feliz de una fábula de oprobio en la que en lugar de comer perdices, se tomaban pastillas y cápsulas.

\* \* \*

En el cometa el nivel de desfase, consumo y polución era inimaginable. En cambio, ni se producía ni se reciclaba. Explicado de esta manera, parecería que el desarrollo del astro era insostenible. Sin embargo, los halleyanos tenían un método infalible para combatir el déficit a todos los niveles: el pillaje espacial.

Los Escuadrones del Buen Rollo eran las divisiones encargadas de lanzar ataques sorpresa contra los planetas más ricos del universo. Estos escuadrones estaban compuestos por centenares de naves espaciales con forma de flecha, que habían sido entrenadas para el saqueo y el expolio sistemático. Eran

aeronaves de última tecnología, cuya función era sustraer los recursos lúdicos de los rincones más remotos del cosmos y transportarlos al cometa Halley. Los Escuadrones del Buen Rollo cumplían su misión con un pundonor encomiable. Siempre mantenían a la metrópolis debidamente aprovisionada. Las barras de las discotecas estaban bien surtidas de líquidos de desbloqueo molecular. Los DJs eran obsequiados con las mejores novedades en música electrónica de ondas cerebrales beta. Y se proveía a los camellos con lo último en SOMA (sustrato orgánico de mentes alteradas).

El cerebro organizador de toda esta infraestructura de parasitismo cósmico no era otro que el insigne Juanito Hernández, descendiente por línea directa de una célebre saga familiar: los Mediabarba. Esta noble dinastía se había responsabilizado de la salvaguarda espiritual del cometa desde tiempos inmemoriales. Juanito Hernández era el último vástago en vida de este antiguo e hidalgo linaje y, por tanto, recaía sobre su persona el patriarcado espiritual de la parroquia de cibertrónicos.

El Padre Espiritual era el símbolo más representativo de la civilización halleyana. Se le consideraba un ser perteneciente a una casta superior, por lo que gozaba de una autoridad absoluta en todos los ámbitos. Su persona inspiraba respeto y devoción. Se le tenía en gran estima y se le profesaba una veneración que rayaba la idolatría. Era una admiración generalizada. Nunca se había escuchado a ningún raver articular una sola crítica en su contra. Con un criterio al margen de la duda, la existencia del Padre Espiritual era, en sí misma, una afirmación.

Como suele suceder en los casos de aceptación total de un mandamás por una colectividad, la figura del Padre Espiritual estaba refrendada por la religión y el mito: Él era el principio, el ahora y el final.

Y aquí conviene hacer una aclaración, porque este punto no nos debe llevar a engaño. La sociedad halleyana, a diferencia de todos los demás regímenes totalitarios, no estaba basada en el abuso y la violencia; sino en los principios básicos de la libertad electiva: eran los mismos habitantes del cometa los que habían votado a favor de un gobierno totalitario.

Sucedió al acabar el primer festival. Tras la sesión de clausura, los ravers improvisaron una asamblea, convocaron un referéndum y decidieron de forma unánime subyugarse a un caudillo absolutista. Fue un caso sin precedentes. Un fenómeno insólito que no podemos entender si no retrocedemos en el tiempo y nos remitimos a los primeros ancestros de los Mediabarba y, más concretamente, a su fundador, el Gran Patriarca. El Gran Patriarca es un personaje clave. Algunos lo consideran el ser más importante de la Posthistoria Universal. Y todavía hoy los entendidos insisten en que sin sus escritos nunca se hubiese desarrollado la civilización del entretenimiento radical.

Para abordar la figura del Gran Patriarca lo primero que hay que tener en mente es que éste es el caso paradigmático del hombre entregado al arte, del genio que sacrifica la vida por su obra.

Otra singularidad de este autor es que siempre escribió a mano, con pluma y tintero. La obra magna del Gran Patriarca se titula El Libro de la Santa

Festividad y en ella encontramos todas las creaciones del egregio escritor compendiadas por él mismo. El códice en sí también fue confeccionado por el autor, que trabajó las cubiertas y cosió las páginas.

Concebir, elaborar, manuscibir, corregir y publicar un libro de tales dimensiones fue una costosa labor a la que dedicó media vida. Fue un trabajo extenuante, que lo consumió por completo. De hecho, tuvo que esperar hasta la vejez para dar por finalizada la obra, y cuando hubo terminado, el anciano se ofuscó por una obsesión: no quiso bajo ningún concepto que se copiase ni se duplicase el texto. Con este fin, patentó el libro, prohibió la reproducción y, en su testamento, introdujo una cláusula que imposibilitaba la cesión del copyright. Finalmente, una semana antes de su muerte, mostró el libro al público.

El día que el Gran Patriarca sacó a la luz sus obras completas en aquel desusado formato, el impacto fue brutal. El público se quedó fascinado. El libro sorprendía tanto por su continente como por su contenido. La edición príncipe era de una calidad suprema y la gente valoraba el sello de lo artesanal. Por otra parte, las reflexiones eran profundas y la contundencia del estilo desarmaba al lector. Todo el que lo leía se rendía a la evidencia y cambiaba su estilo de vida.

Pero a pesar de la gran conmoción causada, el libro, debido a la falta de ejemplares, no dejó de ser un fenómeno local; y el conocimiento que contenía, pese a su lógica aplastante, tardó en ser revelado al resto de la galaxia.

Fue el tiempo —como casi siempre— el que se encargaría de poner las cosas en su sitio, y lo que al principio pareció ser un inconveniente para la difusión del libro, resultó ser un factor decisivo para que alcanzara fama universal. Así fue: el hecho de que tan sólo existiese un ejemplar de El Libro de la Santa Festividad convirtió el códice en un objeto único. La gente, acostumbrada a la copia industrial, fue seducida por el valor de lo irrepetible, y una aureola de misterio envolvió al libro. Los rumores corrían de punta a punta del universo al mismo tiempo que los pocos que lo habían leído jugaban al secretismo en íntimas reuniones. Y, de este modo, en cientos de mundos hastiados de la impersonalidad de las relaciones informáticas, se le volvió a coger el gusto a la transmisión oral. Fue una jugada perfecta del Gran Patriarca, que unió planetas, hermanó culturas e hizo privar el factor humano.

En cuanto a la obra en sí, la cosa no tiene mayor importancia... El Libro de la Santa Festividad era un tocho de unas mil páginas, escrito con caligrafía pre-Bush y encuadernado con tapas de cuero remachadas con cantoneras de oro. El trabajo era muy fino y el códice, de entrada, intimidaba, por el volumen y por sus acabados. Pero el texto era muy breve y a la mayoría de la gente la lectura se le hacía corta. De hecho, de las mil páginas que contenía el libro, todas menos una eran páginas en blanco. El grosor del manuscrito y su lujosa encuadernación no eran más que un artificio para darle cuerpo a la obra e infundir respeto.

El Libro de la Santa Festividad era celosamente conservado dentro de una urna de metacrilato en medio de la pista central del cometa Halley. El receptáculo estaba iluminado con neones fluorescentes y servía de podio para

las bailarinas virtuales. Bajo los tacones de plataforma de exuberantes bellezas digitales, abierto sobre un atril de circonio, el libro exhibía desde hacía siglos su ancestral sabiduría. Y éste era el motivo por el que en cada sesión, en la pista central, miles de ravers peregrinos bailaban alrededor del cubo. Una verdadera marea humana que daba vueltas al podio en la misma dirección. Miles de festeros esperando con ansiedad a que les llegase el turno para poder acercarse al manuscrito.

Era la fascinación por lo sagrado. El hechizo del ritual. Uno detrás de otro, los cibertrónicos se asomaban a la urna con la incertidumbre del que está a punto de consultar un oráculo y siempre, sin excepción, salían fortalecidos tras la feliz lectura: Todavía no está probado que el trabajo dignifique al hombre. Lo que sí se ha demostrado es que, indudablemente, lo cansa.

\* \* \*

A la sombra de la acribillada Calisto, cuarta luna en tamaño de Júpiter, el tricornio espacial se camufla en la noche del universo con las luces apagadas. Espera al acecho, dispuesto para sorprender a autoestopistas intergalácticos, naves espaciales no homologadas y cosmonautas ebrios.

Los controles de tráfico de los picoletos espaciales son tremendos. Ante la menor falta, los verdes se muestran intransigentes. Y castigan el descuido con severidad. Para la travesía de cualquier viajero, un control de la Guardia Civil constituye un obstáculo infranqueable. Por la tontería más insospechada, inmovilizan vehículos y detienen a la tripulación durante un tiempo ilimitado. Son más peligrosos que las lluvias de meteoritos. Son el peor escollo del Sistema Solar.

Multan los excesos de velocidad y los estacionamientos indebidos de cápsulas y satélites tripulados. Cachean las aeronaves, confiscan el equipaje, decomisan la mercancía y someten a los viajeros a ominosos interrogatorios que, ocasionalmente, pueden derivar hacia el maltrato físico y la vejación moral. En resumen: se han convertido en la fuerza policial más temida del universo. No es de extrañar, pues, que en las ediciones actualizadas de la Lonely Galaxy se aconsejen trayectos alternativos para evitar el encuentro con la Benemérita.

Disimulado en la opacidad del espacio, el tricornio espacial espera su oportunidad. El teniente coronel Sorrentino Cabrales está acomodado en la cabina de mandos, listo para cazar a cualquier navegante despistado, someterlo a la prueba de los estados mentales ilegales y empapelarlo. El picoletto hace repicar las castañuelas, se alisa el bigote y lanza vistazos al panel de control.

A falta de novedades, el tedio de la espera lo sume en un sopor cansino. Tras un largo bostezo, se arrellana en la butaca, dispuesto a dormir la siesta. Antes de adormecerse, prepara su mente para un ejercicio que lo relaja en extremo y que le provoca un sueño placentero: Sorrentino Cabrales rememora las hazañas más meritorias de la Guardia Civil.

Normalmente, empieza la evocación con un simple cálculo histórico. Constata

que el Cuerpo, a lo largo del tiempo, ha ido aumentando sus efectivos en progresión geométrica. Así, en el 1844 de la era pre-Bush, cuando su origen, sólo contaba con 3.250 guardias civiles. Unas décadas después, a finales del siglo XIX, el número ya ascendía a 19.000. Y en el 2006, justo antes del Gran Holocausto, ya eran 70.000. El último recuento demostraba que a día de hoy, 18 del 48 del siglo V después de Bush, la Benemérita había consumado su meteórica escalada: 234.133 efectivos, ni más ni menos; de los cuales 133 eran humanos y 234.000 clones picoletos.

El cómputo no deja lugar a la duda —piensa el teniente coronel—: la Guardia Civil progresa y se expande por el universo. Pero no es la proliferación de la Benemérita el único motivo de orgullo. La grandeza del Cuerpo se sustenta en otros tantos pilares de igual consistencia y este detalle no se le escapa a Sorrentino Cabrales.

Un ejemplo es la rapidez de los tricornios espaciales, únicas cosmonaves con el diseño aerodinámico de los tres picos. Son veloces y eficaces. Cómodos y discretos... Y el acierto en el color se debe al ingenio de la técnica... ¿Hay acaso alguna aeronave que se camufle mejor en el espacio que los tricornios negros charolados?.

Igual de importantes son las divisiones de los clones picoletos, únicas unidades paramilitares del universo que visten de verde oscuro y lucen bigote... Son los clones más elegantes de la galaxia, porque en la confección de sus guerreras se ha sabido combinar el clasicismo castrense con el corte más futurista... Este pensamiento lo llena de satisfacción, y Sorrentino Cabrales concluye que, bien sopesado, el estilo del que ha hecho gala el Cuerpo en los últimos tiempos tampoco constituye ninguna novedad. La Benemérita ha destacado desde sus inicios por la distinción en el vestir. Es como si la hubiesen dotado de un sexto sentido para la indumentaria. Sin ir más lejos, el uniforme de la Guardia Civil siempre ha ido a la última moda, llegando incluso, en algunas ocasiones, a adelantarse al diseño de su tiempo para marcar tendencias. Y los tocados... ¡Ay los tocados! Siempre han resultado un complemento vistoso y un alarde de originalidad. De hecho, desde tiempos inmemoriales, el tricornio es el icono que representa de una forma más fidedigna el concepto de la hispanidad. Y ¿qué decir del acierto en el color del traje? Antes de que surgieran los revoltosos ecologistas y las batallitas de Greenpeace, los guardias civiles ya eran llamados “los verdes”...

Sorrentino Cabrales sonrío. Ahora más que nunca, la verdad se le revela con una claridad diáfana: la estética vanguardista del uniforme ha resultado un factor decisivo a la hora de encumbrar a la Guardia Civil entre la flor y nata de la PASMA (Police Army of the Space Multinational Association).

El territorio bajo mando español tampoco es nada desestimable. Ya desearían muchos países poseer la mitad de su superficie. El Estado Hispano ha establecido un imperio vasto y poderoso, y todos los españoles tienen plena conciencia de la grandeza de su patria. Sorrentino Cabrales esboza otra sonrisa y rememora sus años escolares. En concreto, aquella primera lección de Geografía, que, pese al paso de los años, ha permanecido grabada a fuego en su memoria: “Sesenta y cinco planetas tiene España, y Júpiter, el gigante del

Sistema Solar, es la capital del reino.”

{Y aquí hacemos un paréntesis para salirnos del ensueño del guardia civil y apuntar que, en realidad, España tan sólo cuenta con un planeta: Júpiter. Los otros sesenta y cuatro no son más que satélites, simples lunas. Pero ya se sabe: las ansias de grandeza nunca dejan morir el fuego fatuo de la megalomanía ibérica.

El problema arranca del Gran Holocausto. Tras la volatilización de la Tierra, los Estados Unidos se responsabilizaron del reparto de planetas. Luego, implantaron en los nuevos estados el régimen del PULGON (Partly United Liberal Galaxy of Oligarchical Neo-capitalism). Muchos países protestaron, y los americanos exterminaron a los disidentes para conseguir el consenso. Se convirtieron en la única superpotencia del Sistema Solar. No tenían rival y abusaron del poder. Metieron las narices en los asuntos internos de cada gobierno. Censuraron todo lo que consideraron perjudicial para su moral conservadora. Hicieron desaparecer todos los documentos cinematográficos —excepto la Trilogía de la Guerra de las Galaxias—, destruyeron todos los archivos artísticos —menos los catálogos del MOMA— y quemaron todos los libros de cocina —salvo los de recetas transgénicas—.

Estas medidas tan radicales tuvieron consecuencias nefastas. La vida en la galaxia se estandarizó y el sector turístico salió perjudicado. Los americanos se vieron forzados a hacer concesiones y, para recuperar el folklore, permitieron que cada país conservara dos elementos autóctonos. España optó por la producción de castañuelas y la elaboración de banderillas picantes.

Volviendo a la asignación de planetas, es importante señalar que los políticos españoles, pese al desastre del reparto, no se desanimaron. Así, no tardaron en redefinir conceptos para darle un nuevo sentido al reajuste de fronteras. Según nuestros gobernantes, España resultó ser “el más vasto reino conocido, en cuyos profundos cráteres y altísimas cimas flamea la bandera con el escudo del Águila de San Juan.”

Con todo, ni los estandartes ondeaban a los cuatro vientos, porque en Júpiter no soplaban brisas, sino ciclones del tamaño de la antigua Tierra, que hubiesen arrancado la bandera y el asta; ni España cobraba celebridad por sus emblemas y blasones, sino por sus clones pioletos.

Pero acabemos con las digresiones y volvamos al ensueño de Sorrentino Cabrales, que, de golpe, ha tomado un giro inesperado.}

El radar ha detectado un intruso, y se ha disparado la alarma. En las pantallas se visualiza un objeto que se acerca a una velocidad suicida. El guardia civil lanza un vistazo a los paneles de control, que indican que el OVNI rebasa la velocidad suprahipersónica. El teniente coronel no da crédito a lo que ve: “¡El hijo puta va como una flecha!”, exclama. Y, en ese momento, justo delante de la cabina del tricorno espacial frena en seco una aeronave que, efectivamente, tiene forma de flecha.

Sorrentino Cabrales no se lo puede creer. Tanto tiempo peinando el universo en su caza y captura, y ahora lo tiene a tiro de banderilla. De hecho, ha sido la

misma aeronave la que se le ha colocado en el punto de mira. Sólo tiene que activar el lanzamisiles y su eterno enemigo volará por los aires. Tan simple como apretar un botón... Nota que le sudan las manos y el dedo que acaricia el botón tiembla. El temblor le pasa a la mano, y luego al brazo... Y ocurre una cosa inexplicable: su cerebro da la orden para que el índice apriete el botón, pero el dedo no responde... Lo intenta otra vez... Y otra vez más...

Es entonces cuando Sorrentino Cabrales se identifica en el parabrisas de la cabina de mandos. El cristal del parabrisas ha perdido su transparencia. Ahora es un espejo que refleja con nitidez el espacio interior del tricornio espacial. En ese reflejo, el teniente coronel se reconoce a sí mismo. Aunque, para su sorpresa, la imagen reflejada no es exactamente la suya, sino la de Darth Vader, con máscara, casco y ojos de mosca. El guardia civil, presa del pánico, lanza un último grito de estupor antes de perder la conciencia. Pero no nos equivoquemos: este último grito de estupor no es provocado por el hecho de que el picoleto se haya convertido en el bastión del lado oscuro de la fuerza. Ni tampoco por la turbación de verse con cara insectívora y boca de embudo. El grito viene causado por la constatación de que, sobre la cabeza, no lleva el tricornio...

Sorrentino Cabrales se despierta con una sensación de agobio insoportable. Se le ha dormido el brazo derecho y un hilillo de saliva le cuelga de la comisura de la boca. En la cabina resuena el pitido de la alarma. El radar ha detectado algo en pantalla. Es un objeto volador que se aleja.

Conecta el generador del tricornio espacial, arranca los motores y persigue al intruso. No tarda en acercársele. Ahora lo tiene a unos 30.000 pasos. Por el monitor, visualiza el objeto volador. Tiene forma de flecha. ¡Es una aeronave de los Escuadrones del Buen Rollo!

Manda un mensaje por onda acústica para ordenar el alto. La aeronave desobedece y acelera. El teniente coronel conecta el turbo y la cabina es sacudida por el estampido de los propulsores. En el velocímetro se dispara la aguja y el tricornio espacial sale catapultado.

Pero atrapar a una nave de los Escuadrones del Buen Rollo es difícil, porque son muy veloces.

Al principio, logra recortar distancias rápidamente. Se coloca a 20.000 pasos. Sin embargo, después se registra un ligero aumento de la aceleración en la nave del fugitivo, y el tricornio espacial ya no es capaz de aproximarse ni una pulgada más. La persecución se estabiliza.

\* \* \*

En aquel mismo momento, en otro rincón del Sistema Solar, el cometa Halley, tras 76 años de viaje por la galaxia, está a punto de cerrar su órbita alrededor del sol.

Ha sido un largo paseo, desde el Cinturón de Kuiper hasta el Sistema Solar interno. En el trayecto, quedaron atrás los planetas gigantes gaseosos,

se sortearon los temidos confines de Júpiter y se atravesó el Cinturón de Asteroides. Fue una travesía magnífica, en la que se contemplaron paisajes sorprendentes: los volcanes de Marte, los ríos de lava de Venus, los cráteres de las llanuras de Mercurio, la solitaria Luna —viuda desde que volatizaron la Tierra—. Pero todo principio tiene un final. Y ha llegado la hora de que el cometa complete su elipsis regular para rodear al Astro Rey.

En la pista los ravers ríen, se abrazan y se dan empujones al ritmo de la música. Hoy hay barra libre. En la cabina, el DJ baja ligeramente el volumen del space techno y compone un discurso breve pero muy emotivo:

—¡De puta madre!

Y vuelve a subir al máximo el punchi-punchi-punchi-punchi para garantizar el momento clímax de éxtasis perceptivo.

Esta vez, el ciclo orbital ha coincidido con un solarmax y los ravers se han preparado para la ocasión.

Los festeros han conectado sus mentes a las redes flipatorias, han ensamblando sus cerebros con un cableado de regulación energética y han empalmado el generador al servidor del pinchadiscos. Mediante este singular invento, el double beat del space techno se les está bombeando al hipotálamo unas milésimas de segundo antes de que la música llegue a sus aurículas. Y la cosa pirula, porque en la pista central se palpa la euforia, y las mentes interconectadas parecen alcanzar por momentos una comunión rítmica total.

Pero la sesión no se está disfrutando sólo en el cometa. Los más de 200.000 festeros que viven la experiencia in situ están compartiendo el ciego con otros tantos 345 millones de ravers, que se encuentran desperdigados en 127 galaxias. Esta comunión cósmica es facilitada por las drogas bluetooth, unos alucinógenos que estimulan la actividad neuronal y generan ondas cerebrales megabeta.

Las drogas bluetooth son lo último en sicotrópicos espaciales de sublimación neurosensorial. Como la mayoría de las drogas de diseño, son consumidas de forma individual; pero, a diferencia de lo que sucede con las otras sustancias tóxicas, el colcón que produce este alucinógeno es colectivo. Unos potentes sistemas de conectores wireless permiten el ciego grupal de todos aquellos que han linkeado previamente sus circuitos neuronales. De este modo, el efecto de la droga que toma cada raver equilibra el subidón multipersonal. Y todos los festeros, como si de una sola alma se tratara, comulgan del rico cóctel que se va enriqueciendo a tiempo real con la mejor química del universo...

Como decía, este año, la órbita se cierra con un solarmax, un fenómeno que ocurre en muy pocas ocasiones y que da lugar a un espectáculo astronómico brutal. La tormenta solar ha alargado sobremanera la cola del cometa Halley. La estela de polvo y gas resplandece, centellea, llamea, refulge, relumbra con una intensidad alucinante. Es un portento de la naturaleza. Lo nunca visto.

En el día de hoy el esplendor del sol es tal, que ya por sí solo dejaría boquiabierto a cualquier astrónomo que se precie. Ahora bien, si los observadores del fenómeno son más de 200.000 politoxicómanos vocacionales

con sus conciencias enchufadas a las redes flipatorias, el acontecimiento toma unas dimensiones desproporcionadas. El final es previsible; cualquier otro desenlace no hubiese respetado las normas de la lógica. En lugar de disfrutar del espectáculo de los centelleos y los resplandores, los cibertrónicos creen vivir en sus carnes las llamas del Apocalipsis. Se registra un orgasmo retinal colectivo, pero la sensación es tan intensa, que miles de mentes sufren un daño irreparable. Coágulos, derrames, aneurismas, embolias y ataques cerebrales. Shocks, paros cardiacos e insuficiencias respiratorias.

Los muertos son desconectados de las redes flipatorias, para no bajar el nivel de la euforia colectiva. Los heridos son desenchufados temporalmente. Y los supervivientes alcanzan el éxtasis.

Sumidos en un estado de ataraxia química, los ravers siguen despotricando, sin imaginar siquiera que el futuro de su universo lúdico depende de una persecución espacial que está ocurriendo en este preciso instante, a 778.330.000 Km. de distancia.

\* \* \*

El guardia civil no permite a su aeronave un momento de descanso y mantiene la velocidad al máximo durante siete horas. Pero el Tricornio Espacial no ha sido diseñado para navegar a velocidad suprahipersónica durante tanto tiempo. Los motores se recalientan y producen un ruido ensordecedor. Es el rugido de una bestia malherida, el estruendo de una caldera a punto de explotar. Sorrentino Cabrales tiene la cabeza como un bombo y los tímpanos al límite del reventón.

Se desespera. Es imposible recortarle un paso al fugitivo. Se maldice. Si no se hubiese dormido, lo habría sorprendido. Es muy fácil atacar una aeronave por sorpresa: un simple misil antienergético basta para desactivar sus funciones. En cambio, si el fugitivo es puesto sobre aviso, siempre puede conectar los escudos protectores. Y contra este tipo de defensa sólo existe una alternativa: una mayor velocidad punta para darle alcance y disparar desde cerca proyectiles Banderilla.

Mira el nivel de combustible en los paneles de control. Está entrando en reserva.

Debería pensar en volver. Se maldice de nuevo. Ha sido un error no llenar los tanques adicionales. Intenta calmarse. Tampoco es cuestión de reprocharse nada a estas alturas.

Él simplemente había salido a patrullar. No podía sospechar que se vería envuelto en una persecución espacial. Y más teniendo en cuenta que los Escuadrones del Buen Rollo, hasta ahora, nunca se habían atrevido a adentrarse en territorio español con sus aeronaves. Este hecho sienta un precedente a tener en cuenta. Supone una provocación en toda regla. Un desafío al honor, del que algún día Sorrentino Cabrales piensa desquitarse.

El guardia civil tiene un enfado monumental. Odia con toda su alma a los Escuadrones del Buen Rollo, y a los halleyanos. Cada vez que se imagina el cometa ocupado por una sarta de drogadictos, putas y ladrones que se regocijan en una verbena espacial, la rabia le remueve las entrañas. Sorrentino Cabrales los maldice. Después, repasa mentalmente todas las ofensas de aquella horda de vándalos, fundadores de una sociedad que tiene por estilo de vida la trasgresión y el delito.

El picoletto recuerda que los halleyanos tienen los récords universales de contaminación en todas las modalidades: acústica, espacial, química, acuática, atmosférica y radioactiva. Es un hecho: allá por donde pasan, alteran la tranquilidad del espacio y revientan el decibelímetro. El cometa, además de la cola de gas y polvo, deja a su estela todo tipo de inmundicia: envases de plástico, latas, vasos, vinilo y los excrementos de los ravers. Y no se acaba aquí la lista de ofensas contaminantes. También están los paquetes de humo nicotínico liberados al espacio cada vez que se oxigenan las pistas de baile... y las ondas nocivas emitidas por los servidores wireless de linkeado neuronal... y los desajustes de campos telúricos y supercuerdas cósmicas provocados por las gigantescas antenas que retransmiten las sesiones de los DJs a miles de galaxias...

La serie de daños causados al medioambiente galáctico es interminable. No obstante, el estado de crispación que sufre Sorrentino Cabrales no tiene nada que ver con el compromiso ecológico. Al picoletto la naturaleza se la trae floja. Su irritación está motivada por otro tipo de ofensas. El problema viene por el lado de la doctrina y el dogma.

Los habitantes del cometa —según el guardia civil— no son más que un puñado de herejes que profesan un culto religioso delirante. Sus creencias se basan en la idolatría de la carne viva y la repulsión de la muerta. Son sacrílegos despiadados que no pierden el tiempo con ritos fúnebres. Los halleyanos no celebran las exequias, ni entierran a los fallecidos. Se limitan a meter los cadáveres en lanzaderas y catapultan a los muertos al espacio exterior. Y no sufren por el recuerdo de los difuntos. Mientras los cadáveres de sus familiares vagan por el universo, ellos bailan, fornican y se dejan arrastrar por la lujuria de la adoración pagana.

El guardia civil se estremece al pensar en el destino de aquellos cuerpos deshonrados, que no reciben sagrada sepultura. Arrojadados al cosmos como si de basura espacial se tratase, los cadáveres son condenados a deambular en la oscuridad del universo hasta el fin de los tiempos...

Sorrentino Cabrales golpea el panel de mandos en un gesto de cabreo. No hay cosa más indignante que la profanación de los despojos de un difunto. ¡No hay derecho! ¡No deberían permitirse tales atrocidades! En lo que se refiere a las ceremonias fúnebres —piensa el picoletto—, no se puede transigir: las únicas costumbres válidas son las de la estricta ortodoxia. Los idólatras creen que pueden borrar de un plumazo la Santa Tradición. ¡Cómo si la liturgia se pudiese improvisar! ¡Qué atrevida es la ignorancia! El guardia civil impreca contra los ravers. Está furioso. Son una tribu de pecadores que lo desquicia.

El picoletto se santigua y se quita el collar: es un rosario. Mientras hace correr entre los dedos las bolitas de coltan, reza Avemarías y Glorias. El espíritu de Sorrentino Cabrales es traspasado por el fervor de la oración y se abandona a la magia de la plegaria. El murmullo del rezo tiene la propiedad de actuar como un mantra para su conciencia. Le templó las pasiones; le apacigua el alma. El guardia civil, sin saberlo, tiene algo de místico. Es la herencia ascética del cristianismo primitivo...

Cuando acaba el último Salve, se siente vigorizado. El enfado ha desaparecido. Por un instante —breve pero intenso— todo pasa a un segundo plano y las ofensas le parecen algo lejano, intrascendente. Es una de las ventajas de la fe cristiana: en los momentos de desesperación, siempre queda el comodín del credo para cambiar estados anímicos. Ahora, Sorrentino Cabrales ya no odia a los idólatras, simplemente los compadece. Y piensa que, si tuviera tiempo, se dedicaría a cristianizar mundos, evangelizar galaxias y exorcizar ravers...

Pero para convertir al infiel, el primer paso es atraparlo. ¡Y no hay manera! Por mucho que la PASMA y la Guardia Civil ponen todo su empeño en perseguir a los Escuadrones del Buen Rollo, las escurridizas naves siempre consiguen escapar.

Sin ir más lejos, en este preciso instante Sorrentino Cabrales está a punto de claudicar en su intento de detener al fugitivo. Es un claro gesto de resignación: está reduciendo la velocidad de su aeronave, dispuesto a dar media vuelta. Pero he aquí que cuando realiza la maniobra de viraje, el ordenador del tricordio espacial le comunica que uno de los propulsores de la aeronave del fugitivo ha sido desconectado. El guardia civil atribuye la desconexión a una avería y decide seguir adelante con la persecución.

Conecta de nuevo el turbo y el tricordio espacial vuelve a trepidar con el estruendo de los motores. Es un ruido insoportable. A Sorrentino Cabrales empiezan a pitarle los oídos y tiene un dolor de cabeza severo y persistente. Pero no le importa. Está dispuesto a soportar el dolor. A estas alturas ningún inconveniente puede hacer que abandone la persecución. Y menos ahora que finalmente está acortando el espacio que lo separa del fugitivo y ya lo tiene a menos de 14.000 pasos. A esta distancia, la computadora del tricordio espacial puede visualizar la nave a una escala mucho más ampliada. El ordenador le comunica algo extraordinario: el reconocimiento de la cosmonave confirma que se trata del reactor de Juanito Hernández, capitán de los Escuadrones del Buen Rollo.

Sorrentino Cabrales se frota las manos. Éste es el premio a toda una vida de esfuerzo y sacrificio. El picoletto siente una euforia repentina. Y, como cada vez que tiene un arrebató de optimismo, lo celebra con un toque de castañuelas. Con mucho celo, se coloca las cuerdas alrededor de los pulgares y las conchas quedan colgando hacia abajo. Arranca con un repiqueteo de tresillos e interpreta la Rapsodia España de Chabier. El guardia civil manipula los dedos con destreza y tiene gusto para combinar el sonido de los pares... Es un gran concertista de castañuelas. El último que queda. Un talento innato, que se manifiesta cada vez que festeja un logro con una exhibición de repiques. Pero poco tarda en apagarse el feliz tañer del guardia civil. La distancia entre las

dos aeronaves se reduce a un paso más lento de lo esperado. El distanciómetro marca una velocidad de aproximación de tan sólo 500 pasos por hora.

El picoleta se inquieta. Respira hondo e intenta dominar los nervios. Todavía no hay motivo para impacientarse. Puede ser que la persecución vaya para largo, pero, de momento, evoluciona de forma favorable. Realiza un cálculo mental. Si el carburante no se agota antes de ocho horas, se colocará a 10.000 pasos. Entonces, el fugitivo estará dentro del radio de alcance de sus proyectiles Banderilla. Desde esta distancia, por muy potentes que sean los escudos protectores de la otra aeronave, los misiles antienergéticos del tricornio espacial no podrán ser neutralizados. Después, todo será cuestión de suerte.

El teniente coronel prepara su plan de ataque. Primero, tiene la intención de desactivar los generadores de la aeronave de Juanito Hernández. A continuación, le meterá una manguera succionadora en los tanques adicionales. Una vez sustraído el carburante, torpedeará... Ésta sería la opción óptima. Aunque también podría pasar que el forajido tuviese un circuito galvánico protegido contra desactivadores eléctricos. En este caso, la situación se complicaría, porque no podría robarle el carburante y sólo le quedaría una alternativa: embestir al más puro estilo kamikaze y hacer explotar las dos naves.

De una forma u otra, el guardia civil está dispuesto a acabar con Juanito Hernández. Y sacrificará su vida si es necesario; porque este duelo que ahora vamos a presenciar trasciende a Sorrentino Cabrales como individuo —y el picoleta es consciente de ello—. Es un combate que va mucho más allá de lo circunstancial. Nos encontramos ante el momento culminante que marcará la posteridad de los tiempos. Este va a ser —concluye el guardia civil— el último episodio de la Guerra Santa Universal.

\* \* \*

Juanito Hernández es, según los cronistas, el segundo personaje más importante de la Posthistoria después del Gran Patriarca. Esto no deja de ser un dato curioso, pues ambos pertenecieron a la misma saga familiar y alcanzaron la fama gracias a sus escritos.

Con todo, las obras de los dos autores, aunque parecidas en algunos aspectos, presentan notables diferencias. Para empezar, el Gran Patriarca prefirió el aforismo; en cambio, Juanito Hernández se decantó por la mitología. El libro más conocido de este último —sólo escribió uno—, se titula *La cosmogonía del Vicio*.

*La Cosmogonía del Vicio* es un librito sobre el origen del universo en forma de alegoría mitológica. La obra, en sí misma, no tiene valor. Le falta estilo, carece de ritmo narrativo y el contenido no deja de ser una puerilidad; pero en su día gustó y se convirtió en el best-seller de la galaxia.

Este éxito de ventas, según los críticos, no se puede entender si no se hace referencia al contexto en que fue publicada la obra.

Al parecer, eran tiempos en que se necesitaba una renovación religiosa, y la aparición de la La Cosmogonía del Vicio dio un vuelco a la teología clásica universal y provocó una revolución del dogma. Como en todos los momentos de cambio, los que salieron más perjudicados fueron los cristianos conservadores y la Iglesia perdió millones de adeptos en miles de galaxias.

Juanito Hernández escribió La Cosmogonía del Vicio en una sesión de space techno.

Fue un momento de lucidez química. Bailaba en la pista, cuando se iluminó. Consciente de la importancia del trance, no perdió un segundo. Corrió hacia la barra, pidió un láser apuntador a la camarera y, sobre un posavasos, transcribió la revelación.

A partir de aquella sesión, los acontecimientos se precipitaron. Optó por una publicación barata y de fácil comercialización. De este modo, rompía con la tradición editorial de la saga, que en la época del Gran Patriarca había apostado por el valor de lo exclusivo. Pero eran otros tiempos y había que renovarse.

Juanito Hernández realizó una hábil operación de marketing. Primero, cambió el formato del libro talismán por el del posavasos de bolsillo. Después, hizo una muy buena distribución, que llegó a todas las discotecas y salas de fiesta. Sobre cada barra y sobre cada mesa se podían encontrar ejemplares. Estaban tan a mano que, en un momento u otro, la mayoría de ravers del universo acabaron leyendo la obra.

La Cosmogonía del Vicio tan sólo contenía un mito, que sorprendía por su sencillez y por su asquerosidad arrolladora:

En un principio sólo había un Dios lisiado, sin extremidades, que arrastraba el tronco en la oscuridad. Su boca, que precedía al cuerpo en el ominoso reptar, devoraba todo lo que encontraba a ras de tierra. Dios tuvo una indigestión con retortijón y, tras unas flatulencias trepidantes, evacuó copiosamente. Fue el gran pedo cósmico (una versión escatológica del Big Bang). Así se crearon los planetas y las estrellas —cagarrutas y boñigas—. El airear de gases le produjo un bienestar extremo y Dios eyaculó con fuerza. Una corrida espesa que salpicó el firmamento transversalmente: la Vía Láctea. El placer fue tan grande que Dios se convirtió en un obseso sexual y dejó de reptar, porque el desplazamiento perdió el sentido. Ya sólo le interesaba el deleite carnal. Pero al no tener manos no podía estimularse el miembro... Triste y solo quedó abandonado en un rincón de su orbe, donde hoy mora con la esperanza de que algún día, antes de que llegue el fin de los tiempos, alguien lo masturbe.

El mito era repugnante, pero mucha gente le encontraba su morbo. La Cosmogonía del Vicio generó múltiples interpretaciones y las sectas proliferaron. También se fundó una religión, cuyos dos pilares básicos fueron la obra de Juanito Hernández y El Libro de la Santa Festividad. La nueva religión ganó adeptos rápidamente en distintas galaxias. Su liturgia era elemental: los fieles se reunían en grutas y montaban orgías para practicar el sexo en honor a su dios, ya que éste no podía. Y con esta ceremonia tan sencilla, la doctrina del vicio se propagó por miles de planetas y alcanzó una gran celebridad. De hecho, muchos de los gobiernos dedicaron su política exclusivamente al goce

de la carne y los ciudadanos le tomaron gusto al culto. Después, se creó toda una imaginería religiosa de artículos eróticos y, a la hora de elegir un lugar de peregrinación, no se dudó en convertir al cometa Halley en Tierra Santa. La gente comulgaba entusiasta, se amancebaba con facilidad y planeaba alegres romerías... Había que reconocer que los ritos rompían moldes. La innovadora religión que había inspirado La Cosmogonía del Vicio había dado en el clavo. Hasta los agnósticos recuperaron la fe. El éxito fue abrumador; porque una religión en la que los fieles son capaces de realizar proezas que su dios no puede, y más teniendo éstas un carácter lúdico tan preponderante, enraíza con fuerza y se propaga con rapidez.

\* \* \*

Sorrentino Cabrales presiente que hoy va a ser un gran día. Todo apunta a que en breve se pondrá punto y final a una saga de apóstatas que ha puesto en peligro la supervivencia de la Cristiandad. Y será precisamente él, Sorrentino Cabrales, teniente coronel de la Guardia Civil Jupiteriana, el que tendrá el honor de consumir la gesta.

Ya se imagina el picoletto su nombre y el del Cuerpo grabados en los anales de la Posthistoria Universal en letras doradas. Ya fantasea con las celebraciones intergalácticas, con los actos de condecoraciones, con los aplausos de los altos cargos de la PASMA. Ya prepara discursos altisonantes para cuando reciba las menciones al mérito y las medallas al valor. Ya puede ver el momento en que le comunican el ascenso, el instante en que le asignan el mando de sectores militares... docenas de brigadas, centenares de divisiones, miles de compañías... millones de clones picolettos desfilando en su honor, formando filas, cuadrándose para el saludo militar cada vez que dé la orden...

Anda abstraído en estas cavilaciones cuando el ordenador del tricordio espacial le informa de que empieza a perder cobertura. “Si sigue alejándose —le avisa una voz robótica— no será posible la comunicación con la base de Calisto.” El mensaje es claro; pero Sorrentino Cabrales no lo oye, porque de tanta explosión de motores y detonación de reactores, se ha quedado sordo.

Seis horas y cincuenta minutos más tarde, escruta con la mirada el espacio exterior a través del parabrisas de la cabina. Por fin logra avistar al fugitivo. La silueta de su aeronave se perfila en la oscuridad. Ahora puede distinguirla a simple vista. La cola y el fuselaje. Los propulsores —uno apagado y otro encendido—.

Lanza un vistazo al control de mandos. En el distanciómetro sigue la cuenta atrás: 10.100 pasos, 10.099, 10.098, 10.097. Se muerde los labios y aprieta las castañuelas. 10.079, 10.078, 10.077... Quedan breves momentos para que la nave de Juanito Hernández quede al abasto de los misiles antienergéticos... 10.061, 10.060, 10.059...

Deja las castañuelas a un lado y conecta el panel de lanzamisiles. 10.041, 10.040, 10.039... Programa los localizadores del blanco y la aeronave aparece en pantalla entre las coordenadas que centran el punto de mira... 10.021, 10.020,

10.019... Empuña el joystick. 10.011, 10.010, 10.009... Nota que le sudan las manos y el dedo que acaricia el botón tiembla. 10.005, 10.004, 10.003...

Y de repente, sucede algo inexplicable. La aeronave del Escuadrón del Buen Rollo se desdibuja en la pantalla, distorsionada por unas interferencias. Las interferencias dan paso a una neblina que emborrona la imagen por completo. Un par de rayas cruzan el monitor de derecha a izquierda trazando unas líneas serradas. Por un momento Sorrentino Cabrales tiene la impresión de estar observando el visualizador de un electrocardiograma. Pero las rayas se convierten en garabatos, que van perfilando la forma de una cara. La imagen no tarda en ganar nitidez, y en unos segundos aparece en sobrepresión el rostro de un personaje legendario. El guardia civil lo identifica de inmediato, por la túnica blanca y porque lleva media barba afeitada.

Sorrentino Cabrales, de entrada, se queda pasmado; pero enseguida sonrío. Bien pensado, no le disgusta la idea de despedirse del segundo criminal más temido de la historia a través de una videoconferencia. De este modo, el ajusticiamiento quedará registrado para generaciones venideras.

Ajusta la microcámara que tiene delante y se observa por monitores. Su aspecto le parece digno, pero necesita unos retoques. Se abotona la chaqueta, se acomoda el tricornio y se alisa el mostacho. Ahora sí. El picoleto mira a cámara. Su intención es adoptar un aire magnánimo y hablar con solemnidad:

— Siglos ha que surcas el universo con tu horda de bárbaros, sin más propósito que cometer canalladas y desafueros... y perpetrar el mal... ¡y sois unos desvergonzados! —Había arrancado con un discurso elocuente, pero entre la falta de vocabulario y el miedo escénico, acaba perdiendo los nervios y se abandona al insulto directo—: ¡yonquis, drogatas, herejes, hijos de puta!

Juanito Hernández contesta a las injurias del guardia civil con una sonora carcajada. En la pantalla, un plano medio muestra la imagen de su busto, convulso por el ataque de risa. Tarda unos segundos en recuperar la calma. Al fin, afecta seriedad: frunce el ceño y lanza una mirada penetrante. El Padre Espiritual de los halleyanos se maneja muy bien ante la cámara. En sus maneras se aprecia la solvencia de los profesionales del drama. Sin ir más lejos, hace tan sólo un momento, cuando era víctima de la hilaridad, se le notaba que interpretaba, porque utilizaba su carismático afeitado para mostrar cada vez un perfil. (Un truco efectista que le permite exhibir de forma alternativa el costado barbudo y el rasurado.) Ahora, finalmente, ha mirado a cámara de forma directa y se acerca a ella para conseguir un gran primer plano. Después, se retrasa de nuevo y se agacha, para que se le vea desde arriba en un picado. El plano es bueno y él lo sabe. Se mueve con una desenvoltura asombrosa. Se recrea en cada escena. Y se encuentra cómodo en el suspense. Por eso aguanta tanto rato esa mirada clara, segura e infalible, para intensificar el dramatismo cinematográfico antes de la última escena:

— Y ahora, picolo, vas a morder el polvo —sentencia Juanito Hernández con una sonrisa ladeada, consciente de que acaba de quedar inmortalizado en una secuencia memorable.

A los pocos segundos, vuelven las interferencias a las pantallas del tricornio espacial y la cara del Padre Espiritual se desvanece. En su lugar aparece la nave espacial, entre los cuadrantes que ajustan el punto de mira.

Sorrentino Cabrales reacciona rápido y aprieta el botón del joystick. Un misil antienergético sale disparado del tricornio espacial e impacta contra la aeronave de Juanito Hernández. Se produce una explosión brutal. Pero el proyectil no produce ningún daño, porque es neutralizado por los escudos protectores.

El guardia civil, estupefacto, lanza un vistazo al distanciómetro: 10.734, 10.738, 10.742 pasos. El Padre Espiritual ya está fuera del alcance de los misiles Banderilla. El picoleto, a través del parabrisas de la cabina, ve alejarse la aeronave del fugitivo. Fija su mirada en la distancia. La cosmonave de Juanito Hernández deja a su estela dos haces de luz en la oscuridad del espacio. En efecto: los dos propulsores funcionan. El guardia civil se queda con la sensación de haber sido injuriado gravemente. Es una humillación que se perpetúa, desde hace generaciones.

Sin carburante, el tricornio espacial queda a la deriva, atravesando el espacio en línea recta, a velocidad constante.

\* \* \*

Ninguna dificultad en la vida de un hombre es comparable a la de encararse con el trance de la muerte. Muy pocos son los que están preparados.

Repantigado en su asiento de piloto, Sorrentino Cabrales se debatía entre el postrero repaso al bagaje de toda una vida y el rápido proceso de ultimar los preparativos de la hora final...

En este punto, se operó un fenómeno extraordinario en la mente del picoleto. Ante la inmediatez del tránsito, tuvo un momento visionario y se asomó al futuro. Pronosticó que los hombres, algún día, dominarían el espacio. Y, a través del espacio, el tiempo.

Llegará una era en que se desarrollarán aparatos telescópicos más potentes —pensó el guardia civil—. De la misma manera que ahora vemos la luz de una estrella que dejó de existir hace millones de años, en el futuro, fabulosos artefactos nos permitirán observar situaciones íntimas de cualquier civilización extraterrestre. Viajaremos visualmente a cada rincón e instante del universo. Entonces, el presente se apropiará del pasado...

Todas nuestras palabras, gestos y situaciones vividas quedan atrapadas en burbujas, que, catapultadas hacia el espacio, viajan a través de la eternidad. Es, pues, una simple cuestión de tiempo que un ser —o una entidad— identifique esas burbujas, las contemple y las transforme en pensamiento. Cada acción que realizamos tiene una trascendencia máxima, porque es infinita y sobrepasa potencialmente a nuestras vidas.

Sorrentino Cabrales se sorprendió de su propia profundidad. Y de su capacidad profética. Le hubiese gustado seguir discutiendo con aquella

sutileza y vaticinar mucho más. Aunque hubiese preferido predecir cosas más concretas, como el día en que capturarían a Juanito Hernández o el nombre del cura que officiaría su funeral. Y, puestos a pedir, también hubiese querido adivinar las tendencias innovadoras del futuro, y dentro del mundo de la moda, los distintos estilos que marcarían la evolución de los uniformes de la Guardia Civil.

Pero se le acabó el poder adivinatorio. Y tuvo que contestarse con lo presagiado, que no era poco.

Tanto pensamiento profundo le despertó el apetito; así que abrió un bote de banderillas picantes. Necesitaba energía para llevar a término su propósito.

Saboreó con deleite cada mordisco de aquella mágica ristra que se presentaba al paladar ensartada en un palillo de titanio. La aceituna rellena, el trozo de pimiento, la rodaja de pepinillo en vinagre y la entrañable cebollita.

Se desvistió y plegó el uniforme. Después, se puso el traje de cosmonauta, y sobre la escafandra, fijó el tricornio. Fue entonces cuando se iluminó. Bueno, fue una iluminación a medias, porque el guardia civil nunca tuvo la conciencia del clarividente; pero la idea se mostró en toda su desnudez. De súbito, le vino a la cabeza la frase más lúcida de la prehistoria, la historia y la posthistoria de la humanidad:

Lo grande se desplaza sin cesar,  
desplazándose sin cesar llega hasta muy lejos,  
después de llegar hasta muy lejos retorna a su origen.

Al guardia civil se le puso la carne de gallina. Y a pesar de que no acabó de asimilar el sentido de la máxima, intuyó que aquello era una cosa muy seria.

Escribió la sentencia en un papel, enrolló la hoja y la metió en una botella de agua bendita.

Abrió la compuerta de la nave espacial con la mano derecha —en la izquierda llevaba la botella— y saltó al espacio exterior.

Fue un salto al vacío.

Estaba oscuro. En la distancia, brillaba la luz tenue de las estrellas. Era una sensación nueva: flotar, sin gravedad, sin cordón umbilical, y con una botella en la mano.

Lanzó la botella, que se alejó volteando en el espacio. Y al ver cómo se perdía a lo lejos, presintió que lo que hacía era muy noble. Aquello no era una llamada de socorro a la desesperada, como la de los naufragos; sino una forma de divulgar, de forma desinteresada, un principio universal. Ahora bien: el picoleto no tenía plena conciencia de lo que estaba haciendo. Pensaba que el texto que acababa de transcribir hacía referencia al imperio español, y que la frase la había leído en un manual de historia.

Poco se imaginaba que aquello era una sentencia de Lao Tse, que tenía 3.000 años de antigüedad y que había llegado a su conciencia a través de la revelación directa.

Pero regresemos a la dimensión material. Al cuerpo del guardia civil le quedaban treinta minutos de vida; y a su cadáver, todo un universo por recorrer. Exactamente, un espacio de unos 28.000.000.000 de años luz y un tiempo de 14.500.000.000 de años.

Sorrentino Cabrales giró la vista en una mirada circular y pensó que, si volviese a nacer, le gustaría que le llamasen Cosmos. Pensó también que aquel era el momento más

importante de su vida. El más trascendental. El único que excedería de los límites de su experiencia. Y, abrumado por la magnitud del instante, notó un cierto malestar. Fue entonces cuando intuyó que, para la gravedad que revestía el momento, aquella última escena no le estaba haciendo justicia. Notaba que faltaba algo para completar su existencia. Que había que concluir la vida con un digno colofón. Y que, si procedía correctamente, tan sólo se quedaría a un paso de la inmortalización.

Se colocó en posición fetal y dio varias volteretas sobre sí mismo para coger impulso. Cuando consiguió una cierta velocidad de inercia, empezó a realizar unas cabriolas difíciles, que ejecutaba con una elegancia conmovedora. Sin el obstáculo de la gravedad, el guardia civil se adornaba.

Era un hecho: moriría volteando. Si las imprevisibles fuerzas de rozamiento no lo impedían, el picoletto recorrería la eternidad haciendo acrobáticas piruetas, coronado con un tricornio.

**LA SOMBRA DEL  
TRICORNIO**

**FRANCISCO GUTIÉRREZ MÜLLER**